

Los primeros pasos

Eduardo Mosches

Las rocas ascienden con furia escarpada, para medio rascar las nubes que traen en sus entrañas la humedad olorosa del mar; se disputan el calor que la selva entrega en sus hojas anchas y carnosas, una selva que se va dispersando como las gotas de lluvia que caen con rudeza a lo largo de los meses, mezcladas con el sudor que se desliza desde la frente al mentón de toda esta gente, que mueve su cintura a un ritmo musical, en que lo africano se hace olas con los caballos de barlovento y que van dejando las figuras fuertes, y de aquél que atravesó territorios con ponchos y proclamas, que fue creando tréboles de libertad, desde la meseta al llano, desde la costa y el oleaje, sin faltar algún pedazo de tierra marchita que es recuerdo del mar y su arena. Las olas se petrificaron y sólo queda la marca de los caracoles y las lagartijas sobre la arena seca. Los caballos atravesaron otras montañas y bosques, para llenar el aire de gritos y deseos de cambiar el mundo, los siglos se llenaron de Simones, que se dedicaron a marcar con el dedo, el puño, la pólvora y mucha tinta, acciones en el ojal de la libertad.

El río exterior se extiende sinuoso sobre las tierras de muchos verdes, sus desembocaduras unen golosas a otras aguas, para descubrir que las fronteras son sólo movimiento. El Dorado fue un cuento que llenó de muerte los bolsillos de la avaricia. Las hojas que la historia fue fabricando se llenaron de intentos de igualdad, el río con nombre de mujer se colmó de peces tristes que fueron muriendo boca arriba por la desolación de lo que no se pudo conseguir.

Debajo, muy debajo de los pies de caminantes y de suspiros de los amantes en las tardes templadas, se encuentra el río espeso, el que crea incendios y angustias, deseos y cambios. Es un río de corta vida, negro y untuoso, en este país donde las lanzas rojas se unían a los cerros del tigre, con un bolsón que es puro lago, que suena como tambor en golpeteo mientras las letras saltan, se deslizan entre las gotas que forman barro, para crear textos con fuerza, las flores gordas se hacen polvo celeste en la mente fría, enfebrecida, meticulosa, caótica, de los que destrozan líneas con signos e ideas, los que van creando mundos en que los zapatos vuelan junto con las sonrisas, en que los elefantes se sientan frente a alguna mesa redonda, donde las palabras se tatúan de imágenes e historias. Hay memoria escrita en el viernes, que fue un anticipo para que los fines de semana se hicieran presentes con toda la pasión de las palabras y sus imágenes. Navegar en el territorio del porvenir, poblado de lo que se está haciendo, untarse en la fresca virulenta de la imaginación escrita.

El susurro también puede transformarse en nuevas voces que crean memoria, ecos sobre las montañas y caen lluvia de palabras, espejos y símbolos sobre el mar de los lectores. Nademos en este oleaje de la escritura.

Entrada (un poco) en la poesía venezolana

Floriano Martins

M

ÉXICO 2006. ALGUNAS VECES LO QUE JUSTIFICA una acción es un hecho lamentable al que se alude. Evidentemente nunca está de más la difusión de obras de arte. En ese mismo plano, una exposición no es justificada por valores estéticos y sí por valores de mercado. Basta pensar en la aceptación de una obra a partir de la biografía atípica de su autor o en la que es medida por el valor de oferta alcanzada en subastas internacionales. Estamos siempre tratando el arte como si fuese un fenómeno referente al mundo de la plástica. Todas las artes son artes. Los equívocos del mercado en mayores o menores proporciones atienden tanto a una escultura, una canción o un romance. No pueden ser entendidos de manera diferente cuando se trata de una pieza teatral, poema o fotografía. La norma, en su observación regular debería atender a todos. No debería por tanto proponer un tablero jerárquico como lo hace a cada instante.

Es importante alentar aquí el esfuerzo de una revista dedicada al encuentro de la literatura con las artes plásticas. Los diálogos de cualquier forma están desapareciendo, hay un enmascaramiento que se juzga inevitable.



Debe ser así. Nadie está dispuesto a enfrentarse a sí mismo en una época como la nuestra. El mercado que los surrealistas condenaban en las primeras décadas del siglo XX acabó definiendo inclusive lo que debe ser catalogado o no como surrealista.

Partiendo de una valiosa observación de Harry Almela (1953), en que dice que el surrealismo en nuestro continente debería corresponder “a una manera mestiza y americana de reciclar el lenguaje de las vanguardias de Occidente”, es importante destacar este tema ya que una gran parte de la crítica continúa viendo al surrealismo como algo planteado por Europa, al cual sólo se tuvo acceso por la condición de influencias tardías, o con el rigor que condena a diluir los aportes de este movimiento.

En primer lugar, no se puede generalizar continentalmente este o cualquier otro tema similar, considerando la diversidad de experiencias que definen a cada país y sus regiones dentro de esos mismos países. Serían igualmente distintas las lecturas que podríamos hacer acerca de las afinidades alcanzadas en el continente americano, con escuelas como el romanticismo o el simbolismo. En rigor, es una lástima que se pierda tiempo discutiendo este tipo de abordaje, cuando parece demasiado obvio que respaldados por estas corrientes europeas sumamos nuestras contingencias, azares, expectativas, y partiendo de allí se fundó una nueva visión del mundo y, consecuentemente, otra poesía.

Cuando pensamos en América hispánica —reduciendo así la territorialidad—, parece indispensable reafirmar siempre que no se trata de un sector común en el sentido restrictivo del término, pues también allí se verifican experiencias de las más diversas. Si escogemos un caso aparte, la poesía venezolana, por ejemplo, aplicando en este caso la observa-

ción inicial acerca del surrealismo, veremos como el asunto se desdobra de manera interesante. En su *Antología de la poesía surrealista latinoamericana*, la edición clásica publicada en 1981, el romano Stefan Baciu comete una doble equivocación. En primer lugar, sitúa a José Antonio Ramos Sucre (1890-1930) como un visionario, un precursor del surrealismo en Venezuela e inmediatamente encuentra un sólo poeta que corresponde, según su entendimiento ortodoxo, al surrealismo.

Es una cuestión que debe ser considerada, el visionario como un patrón utópico, excéntrico o patológico. Para un movimiento en que era importante la raíz de las cosas es cuando menos curioso que Stefan Baciu en su lectura del surrealismo, jamás hubiera considerado la distinción de raíz entre Rimbaud y Ramos Sucre. Lo que en el primero es acto disciplinar, en el segundo es consecuencia de una patología indeseable. Ningún surrealismo nace en Venezuela con Ramos Sucre.

Como ejemplo de todos los países americanos, en Venezuela se debatió entre un segmento intransigente o purista en relación con el surrealismo —en este caso, sin europeos— y la búsqueda de afinidades con una instancia extranjera que pudiese de alguna manera enriquecer las ansias de una poética, nunca de escuela. Sobre este aspecto, como en cualquier otro país, también son distintas las maneras de aceptar la presencia del surrealismo en Venezuela. Basta pensar en tres poetas: Vicente Gerbasi (1913-1992), Juan Sánchez Peláez (1922-2003) y Juan Liscano (1915-2001), en contrapartida con un tema único: el misterio, lo desconocido. Gerbasi quería alucinarse de sí mismo, buscando a todo costo descifrar lo que estaba en su sangre; Peláez quería a todo costo participar del mundo, entregársele, sintiendo que de tal entrega resultaría algún tipo de revelación;

Liscano igualmente, a todo costo buscaba un distanciamiento, cambiando toda experiencia en una evidencia sociológica. Estos tres poetas fueron profundamente marcados por el surrealismo, aunque difirieron entre sí en la comprensión que tenían al respecto.

En los años sesenta en Venezuela, la acción de un grupo como *El techo de la ballena* confirma la identificación de otro surrealismo. Un valioso entendimiento de mestizaje que entonces ya defendía el nicaragüense Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), y que permanece como la mejor lectura de formación de una *identidad* americana. Esta apreciación aparece subordinada al advenimiento de la colonia. Es una expresión aislada, considerando antecedentes como los de Vicente Gerbasi en la revista *Viernes* creada en 1939, grupo homónimo del anterior nombrado. En medio de los dos momentos podríamos pensar en la presencia del grupo Mandrágora, notable expresión del surrealismo en Chile que tuvo a venezolanos como Peláez y Hesnor Rivera (1928-2002).

Es evidente que este aspecto define y limita una tradición lírica tan rica y diversa como la venezolana. La insistencia en tocar este asunto viene del hecho de que las lecturas de temas afines al surrealismo son casi siempre de alzada a quien le interese denigrar determinado panorama.

Podemos identificar uno que otro gran poeta venezolano, a través de sus publicaciones esparcidas en revistas, investigaciones en internet, etcétera. A pesar de todo el entendimiento de esta compleja identidad, todavía no es identificable; lo que me hace desconfiar internamente. En los poetas venezolanos hay que indagar cómo perciben este dilema. Cabe pensar cómo se articulan estos componentes que hacen imponerse una tradición menos rica al tiempo que otras más expresivas se resguardan de modo que casi no son percibidas.

Esta breve exposición de poetas venezolanos, de tres generaciones, muestra mínima, no corresponde a un carácter antológico, se justifica por la breve disposición de espacio de la que disponemos —en rigor, un lujo, considerando la circulación de la revista *Blanco Móvil*— por aclarar la diversidad de poéticas allí definidas en el ámbito de este país sudamericano. Antes de que me recriminen las faltas quiero referirme aquí a las invitaciones que tenemos encaminadas de numerosos poetas venezolanos para que participen de nuestro proyecto editorial *Banda Hispánica*. Tenemos allí un encuentro donde cada poeta puede exponer su visión del mundo a partir de la realidad de su país. Por lo tanto, participen.

Cabe observar que entre aquellos poetas insertos en el proyecto de *Banda Hispánica*, algunos manifiestan su opinión en relación con las investigaciones que estamos haciendo. A la poeta María Antonieta Flores (1960), por ejemplo, le preguntamos cuáles contribuciones esenciales existen en la poesía venezolana que ella considera merecedora de una repercusión y reconocimiento amplio. Nos respondió:

La poesía venezolana es la concreción de una serie de experiencias e individualidades que ha conformado un conjunto sólido de voces, con una calidad que merece el reconocimiento nacional e internacional. Lamentablemente algo cruza y oculta a nuestra poesía: la manera como nos miramos, pues no hay internamente la convicción de la calidad que define nuestra poesía, y se espera el reconocimiento del otro, del extranjero. Seguimos siendo dominados por una mirada colonizada y, de alguna manera, nuestra escritura está irremediabilmente colonizada a pesar de ser una poesía con profundos arraigos nacionales. Esa mirada, hambrienta del reconocimiento del otro, impide el propio movimiento y despliegue

para proyectar y reconocer nuestras voces más valiosas. Sin embargo, en los últimos tiempos y, quizás como consecuencia de la globalización, esto ha cambiado un poco.

¿Contribuciones esenciales? La de voces individuales como las de nuestros poetas mayores: Ramos Sucre, Vicente Gerbasi, Gramcko, Juan Sánchez Peláez, Elizabeth Schön, Rafael Cadenas, Ramón Palomares, Eugenio Montejo, Hanni Ossott y otros más. La poesía del paisaje ha logrado un decantamiento y una desnudez contemplativa que refleja el mundo interior desolado del hombre contemporáneo, pienso en Luis Alberto Crespo, por ejemplo. Un aporte significativo ha sido el de las poetas que han sabido hacer de lo femenino una condición y un camino para la exploración del yo y, en muchos casos, con una mirada irónica y distante frente a la sociedad. En conexión con sus predecesoras, las voces femeninas de los ochenta y los noventa han abierto un espacio inédito de reelaboración de una condición arrebatada en una sociedad y cultura patriarcalista y falocrática. El trabajo poético desde la interioridad del yo insertándose en la cotidianidad y lo urbano, también merece ser apreciado. En fin, creo que nuestra poesía tiene muchos méritos para dialogar con la poesía universal, pero internamente no se ha tomado conciencia de ello.

La misma pregunta nos la responde Gabriel Jiménez Emán (1950):

Esas repercusiones esenciales son diversas, distintas entre sí y han reflejado los movimientos y contramovimientos, reacciones de lo clásico, lo romántico, lo nativista, lo modernista, lo vernáculo, lo vanguardista, en autores que han tenido repercusión nacional e internacional, afortunadamente. Tienes por ejemplo el caso de los poetas clásicos y de los poetas románticos que eran los que había cuando se estaba creando el país y la nacionalidad venezolana.

Pensemos en la poesía de Andrés Bello cuando nos referimos a lo clásico; y pensemos en José Antonio Maitín y en Juan Antonio Pérez Bonalde cuando nos referimos a lo romántico, que han sido hartos conocidos. Durante la Guerra de Independencia, en Venezuela no se "hace" literatura en un sentido estricto; lo que hay son cartas, proclamas y leyes; hay que aguardar a que terminen los malos calcos del romanticismo y del neoclasicismo para que avance el modernismo o el decadentismo simbolista como el de José Antonio Ramos Sucre, que en su momento no fue valorado pero logró luego en la segunda mitad del siglo XX un reconocimiento pleno a nivel nacional e internacional. Después viene una poesía de aliento popular como la de Andrés Eloy Blanco, Aquiles Nazoa y Miguel Otero Silva que también logra imponerse en su momento.

Luego vienen los poetas del grupo Viernes, como Vicente Gerbasi, José Ramón Heredia o Luis Fernando Álvarez. De ellos el único que ha logrado reconocimiento internacional es Gerbasi, pero sus compañeros también lo merecen. Después surgen los poetas del grupo Siempre, como Carlos Gottberg, Rubenángel Hurtado, José Ramón Medina, Pedro Francisco Lizardo y Elisio Jiménez Sierra, que apenas ahora están siendo reeditados y justipreciados, pero muy lentamente. Y los poetas del grupo Sardo, como Guillermo Sucre, Luis García Morales y Ramón Palomares, de los cuales Palomares ha sido el más destacado porque hace una poesía coloquial y recoge expresiones y cadencias de los campesinos del estado Trujillo, donde nació, y les da relieve universal. Los de Tabla Redonda, como Rafael Cadenas y los que tuvieron la influencia del surrealismo como Juan Sánchez Peláez y Carlos Contramaestre, también han tenido ecos indelebles en nosotros.

Todos ellos son poetas importantes y terminaron constituyendo su obra, viajando, intercambiando antologías con países vecinos, y muchos de ellos

traducidos a otros idiomas. Por supuesto que los poetas de los años 60 como Víctor Valera Mora, Caupolicán Ovalles, Efraín Hurtado, Teófilo Tortolero o Eugenio Montejo también han tenido una decidida influencia en todos nosotros, tanto en la apertura de su fuerza lírica o estética o porque incursionaron en los ámbitos sociales y cotidianos. Entre otros, nuestra generación de los 70 estuvo compuesta por Eleazar León, Luis Sutherland, Edda Armas, Reynaldo Pérez, Armando Rojas Guardia, Eli Galindo o Eddy Rafael Pérez y muchos más que recogimos un legado diverso, derivado de muchas tendencias y lo expresamos y lo venimos expandiendo hasta hoy junto con los poetas de los años 80 y los 90, que han publicado más libros y han sido más divulgados pero aún está por verse su peso específico real. Ahora con el internet y las páginas digitales es más rápido divulgar nuestro legado, y eso es lo que estamos haciendo.

Por otro lado, también indagamos con varios poetas venezolanos acerca de las razones tan poco estrechas entre los diversos países que conforman la América hispánica. Esta fue la respuesta de Yolanda Pantín (1954):

Parafraseando a Gottfried Benn, esa es una pregunta "imponentemente incontestable" siendo el caso venezolano muy particular. En este país no se le otorga demasiado valor a la comunicación fuera del cerco natural, prefiriendo los poetas y escritores permanecer protegidos en "casa". Sobre el delicado tema de la venezolanidad han reflexionado ciertos autores, que recuerde, José Balza, Antonio López Ortega, Ana Teresa Torres y María Fernanda Palacios, las dos últimas en algunas de sus novelas y ensayos. Por lo que a mí respecta, no encuentro explicación, tampoco entiendo por qué Brasil permanece como una inmensa isla dentro del continente, siendo que

somos vecinos. Los libros no circulan. Yo, que formo parte del consejo editorial de una editorial (Pequeña Venecia), doy fe de la dificultad de distribuir nuestros libros aun dentro del territorio nacional.

Otro poeta, Arturo Gutiérrez Plaza (1962), observa:

La inexistencia de un mercado editorial integrado, con efectivas formas de promoción, intercambio y distribución. No somos un continente sino un archipiélago. Un conjunto de islas de diversos tamaños, pero con similares problemas. Paradójicamente, en la era de la información, cada día estamos más incomunicados entre nosotros y más absorbidos por las noticias y valores que genera y selecciona el llamado primer mundo y en particular Estados Unidos, el "gran comunicador". No hemos sido capaces de generar alternativas y redes entre nosotros, suficientemente efectivas. Por lo general todo se ha quedado en discursos y propósitos políticos, que no logran hacerse operativos en el plano de los hechos. Pienso que quizás internet es una vía que, utilizada creativamente y con imaginación, permitirá revertir, de algún modo, esta situación.

Todas las posiciones justifican la necesidad de una muestra, mínima como la aquí presentada, cumpliendo con un programa de difusión internacional que las revistas de literatura realizan mejor que cualquier programa editorial. No se trata de una antología. Con rigor, considerando el acto de que soy un brasilero, se trata de un insulto: ¿dónde están los venezolanos cuando se torna indispensable defender la tradición lírica de su país? Que salgan en protesta, en reacción, y así tendríamos un inmenso panorama por ser descubierto que sorprendería a todos, considerando la grandeza de tradición lírica de este país.

LA SOMBRA DE QUIEN ESCRIBE

oh, hombres: esta vida
es sólo un ojo que parpadea

IBN ABBAD



1

sed en mitad del alma
en la cuenta sin memoria
en el despertar que todo ve

2

velo y canto
canto y vuelo
vuelo
canto
el pájaro vuela
el pájaro canto

3

la sombra
de la mano
de quien escribe
a plena luz
a media luz
y hasta en tinieblas

4

la sombra de quien escribe
es lo que escribe
a una a dos manos
en la máquina del tiempo
y de las horas rotas
que se levantan
desde su ceniza

5

hay un instante
en que todo calla
y nos aterra
un momento
en el que solos
nos sabemos
ausentes
y luego
entendemos
todo



LA GENTE ME PREGUNTA

la gente me pregunta por poemas
que en verdad jamás he escrito
me ofrecen detalles sin embargo
y hacen titubear a la memoria
viendo en sus ojos tanta alegría
hay gente que toca mi alma en medio
de la noche y veo sólo penumbras
y mi padre muerto en un lejano
pueblo de la tierra que recuerdo
la gente habla (dice él) de cualquier
texto que alguien escribió alguna
vez y sienten como tuyo al conocerlo

LOS DEDOS Y LA FLAMA

Desde esa nada la traías sin moverte
en malabares de calzado rojo
Desde esa nada

la envolvías en óleos crisálidas
y punzabas, uno a uno, artilugios
sobre la larga noche

A tiempo en cada gesto, cada accionar
ficionabas cada salamandra,
cada fuga de rezos

Lengua y ojo en la pluma
Gruta luminosa
con las dos manos con los dos pies

La traías sin moverte
en el tallo de la distancia
mientras la luz levantaba

el cetro de la prueba



En esa nada
sobre la larga noche
en la honda copa del aguardar

la que avanza
tiene atados al cuello las esquiras de hielo
y el aullido de lirios oscurísimos



M

ÁQUINA DE MIRAR

Llena de helio comprimido
prensada de la raíz de los cabellos
no encuentro ventana donde asir la nube

Si el cuarto es de cal
Si refracta cuando ellos llegan
No puedes sino pensar recortarlos

Borrar lo que piensan
Quitarles el porqué son
Dejarlos sentados con las piernas cruzadas

hablar, hablar
Así pueden estar toda la tarde
Y tú, sin mover los labios

[S

IRVE DE MUCHO]

Sirve de mucho entrar en su cuarto.

Puedo abrir el clóset y hundir el rostro
en las suaves metáforas que cuelgan.
Acostarme en la cama y saberla vacía.
Caer en blondas, por el olor de tenerla.

Mis sentimientos esculpidos no se
resienten, son gárgolas expuestas al día.
Un vaso puede quebrarse. Un edificio
ser demolido. Hay un rito de vida en los
cuerpos.

No existen las pieles de zapa. De la
Biblioteca de Alejandría apenas tenemos
algo más que el nombre. No acongojaré
en mi cuerpo lo que tengo de ella.



P

RÓLOGO DE LOS BASUREROS

Avanzaré sin sentir asco
ni pena ni repugnancia
largo a largo a tenderme en las gradas
de este reino donde el papel higiénico
flamea en los palcos de botellas.

Me iré a engordar los límites
en donde el cují y la rosa
se abrazan sin contrariarse
y la ciudad está en paz con sus víctimas
y no duerme desvelada
por el pico de los pájaros ebrios
que a mis sueños escarban sin prisa
y a mis expensas
aún no terminan de darse su cena.



Barranco abajo coronando los cerros de
[lata
con el sol retorciéndose en mi espina
encontraré hecho jirones
el hule de los sillones baratos
y veré a la carcoma
con sus huevos al hombro
entrar a los túneles del cedro.

Aquí donde al salitre por fin
los automóviles dan su brazo a torcer
y el jugo de frutas
no anda más por las ramas
y chorrea por los escalones
de la depredación.

Avanzaré entre la goma espuma y el anime
entre el polyester y la fibra de vidrio
entre el vynil y la silicona,
marcharé avaro forrado de ropas
bamboleándome como un astronauta,
calzado con zapatos de a kilo
descenderé por las dunas de vidrios rotos
y el corcho de los desiertos.
Avanzaré a buscar lo que de ningún
modo encuentro, buscaré

lo que no se me ha perdido
entre resortes cuyos espirales
a mi paso hacen befa de mis pantalones
inflados como globos por el viento.

Subiré a los altares donde
el cobre y la porcelana
al paisaje montan guardia
y en la rosa del orín
dan a beber la gota de agua
que ya no sale por los caños.

Aquí donde el fuego no anda con rodeos
y va rápidamente al grano
como la luz en la punta del rayo.

Me iré de bruces entre los primeros
a descubrir cuanto antes
la manera de sellar con mi cuerpo
la boca de los tarros de basura.

Me iré a ver cómo en la pira del sol
por orden del instante
arden ya, de mayor a menor,
ay, todas nuestras tribulaciones.



E N PUNTO

Hay agua para los dos
y sed para mí solo.
Hay una cama donde somos nadie en
[el sueño
y otra donde somos muchos en el deseo,
una tierra boca arriba que nos desnuda
y otra boca abajo que nos olvida.

Hay finalmente una sombra que ilumina
y una luz que nos desaparece.

E L JUEGO

La Negra trajo un paño en la cabeza
y su color lo encantaba a uno.
Trajo juegos
donde había que agarrarle la mano,
tocarla con una baraja.
Una falda clara
y una cinta,
cuando venía quemada de los paseos,
la ponían oscura.
No pudimos tocarla, toda de aceite,
y esos dolores en el cuerpo.
Inventamos la velada:
yo hice maromas en los pilares,
hice de maliento.
Ella salió de un cuarto
bailando, con la falda hasta aquí,
descalza, y en mi cama, todas las noches,
la miraba todavía así, como a una artista.



V ENENO SUTIL

quería unos boleros tiernos
no éste

pero no tengo lo que deseo
y tejí la resignación en mi piel

hubo veneno sutil

desde el tonto amor
desde la ausencia

mi corazón es una víscera dolida
y se sostiene en anhelos imposibles

vas encendiendo velas
por aquél que está perdido
por aquél que te llama en la noche alta

una vela de iglesia por el amor

cantemos al amor de los amores
dicen los fieles del recuerdo

la ruta en penumbras para los orantes
la angustia contenida en el respirar

la sacristía llena de secretos
y en tus manos, velas

oras al santo de su nombre

la virgen antigua te observa

resplandece un cuenco con miel y agua
[bendita

tú llevas a sus labios un trozo de pan
mientras en tu garganta
el trago de vino arde

y te llegan las viejas oraciones de la
[infancia

las que piden protección

en el regazo del silencio cae una hoja
[diminuta
te santiguas frente a sus sueños y le cantas
[poemas



Jacqueline Goldberg

POETAS VENEZOLANOS

LINEAMIENTOS DEL ROSTRO



Los rasgos de mi rostro
—ojos sueltos, boca empinada—
no son lo que parecen
sino un amasijo de vocales desterradas
de algún meridional porvenir;
alfabeto que sale del río del Edén,
maleza que no se sacia en los alrededores
[del relámpago.

Mi frente carga culpas de insomnio,
se acomete filosa en su desmemoria.

La dureza de las caderas me viene
de cuando a la familia le crecían manos
[bajo las alas.

Las mejillas torcidas, los pies pequeños,
demuestran que no somos semejanza
[de nada,

si acaso espejo de mares encolerizados.

Creo, más bien, que mi rostro ajeno,
de muchacha polaca, salvaje de Judea,
irá trastornándose con los equinoccios.

Las manchas que dejará el acribillamiento
se rendirán y habrá menos enfermas
[parábolas.

Reseco e insuficiente, entre el pavor y la
[rabia,
mi cuerpo todo se calumniará en infinitas
[cuestas terribles,
surgirá de la herida buscando un milagro,
un dominio para decir.

LODAZAL



Me hicieron comer pan de lágrima.

Acicalada para desprenderme de mí,
tomé dádivas del hombre que no seré,
por si enrojece mi pie en la lengua de los perros.

Ya nos habían advertido
del trágico balbuceo que enjundia los días:
rezumar no calma lo peor.

El porvenir es una maldición sobrentendida
de la que deberemos reponernos sin antorchas.

El equipaje habrá de ser adusto,
eso lo aprendimos de las últimas venganzas.
Cargaremos con ciertas llaves,
un libro sin versos, un lozano colmillo para aferrarnos
[al duelo.

Lo demás abrevará en la boca desfigurada.

El delirio decidirá a quién toca la bala.



ALSOS COMIENZOS

El tenso arco que presiona
agudas cuerdas de prensadas articulaciones
La densa multitud de nervios encaramados en las llamas
La silueta que advierte un ojo
con premeditada paciencia
La casa encendida de trasnocho en trasnocho
La cara larga cortante ante el espejo
La cólera que en los pliegues del destino modela
signos visibles del alma
La manera en que un gesto lento de la mano
puede contener un grito
ardiente sometido a reposo
La abstracción que apunta a un punto nítido
de la aguja en la infancia

La certeza de la fatiga cuando el sol se desploma
y el color cobalto se apodera rápidamente del mundo
dejándolo en desoladas tinieblas
El temor taciturno y tembloroso de quien cree
en la plenitud del retorno
de una antigua inclinación al dolor
como un falso comienzo más legítimo
más pleno de significados que de acentos.

NÚTIL DESVELO



El poema me evade como un preso.
Escondido
en algún pabellón del alma,
su gemido me despierta.
No logro encontrarlo
entre estos largos pasillos
de inútil desvelo. El poema
que se encarama en las paredes,
calcula el ir y venir del reflector,
los tupidos alambres, la cerca
de púas, los espías, los perros.
A estos años
me he convertido en carcelero.
No entiendo nada.
Vigilo por oficio.
Como él, apenas salgo
de este estrecho cuarto
contemplando los húmedos corredores
donde los bombillos
resplandecen y se apagan.
Estoy seco, alejado del mundo,
frente al televisor.

V

UELVE A TUS DIOSOS PROFUNDOS

Vuelve a tus dioses profundos;
están intactos,
están al fondo con sus llamas esperando;
ningún soplo del tiempo los apaga.
Los silenciosos dioses prácticos
ocultos en la porosidad de las cosas.
Has rodado en el mundo más que
[ningún guijarro;
perdiste tu nombre, tu ciudad,
asido a visiones fragmentarias;
de tantas horas ¿qué retienes?
La música de ser es disonante
pero la vida continúa
y ciertos acordes prevalecen.
La tierra es redonda por deseo
de tanto gravitar;
la tierra redondeará todas las cosas
cada una a su término.
De tantos viajes por el mar,
de tantas noches al pie de tu lámpara,
sólo estas voces te circundan;
descifra en ellas el eco de tus dioses;
están intactos,
están cruzando mudos con sus ojos de
[peces
al fondo de tu sangre.

P

ASAPORTE DE OTOÑO

*Yo soy aquel que ayer
/no más...*
RUBÉN DARÍO

Soy el mismo de ayer que siempre he sido,
el que llamó a la puerta de septiembre
al ver sus hojas de oro. Y recorrió Manoa
sobre el errante caballo de sus muertos.
El que hablaba en secreto con los árboles
y amó a Islandia de lejos, sin conocerla.
El mismo siempre del alba hasta el
[crepúsculo,
aunque mi sombra ya caiga a la
[derecha...
Y más el mismo que ha soñado algún día
contemplar la profunda belleza de todo;
la verdad de una luz alzando el aire
donde rostros y seres y cosas flotarían;
alzándome los ojos para ver un instante
lo bello intacto en cada gota de materia,
lo bello cara a cara en su fuerza terrestre;
no sólo en una flor, una doncella, en todo:
—la profunda belleza de todo,
con la misma visión que tuve en mi previda
y me alumbró ya no sé dónde hasta nacer,
como tal vez nunca se alcance en este
[mundo
aunque por siglos nos aplacen la muerte.



M MI AMOR

En otro cuerpo va mi amor por esta calle
siento sus pasos debajo de la lluvia,
caminando, soñando, como en mí hace ya tiempo...
Hay ecos de mi voz en sus susurros,
puedo reconocerlos.
Tiene ahora una edad que era la mía,
una lámpara que se enciende al encontrarnos.
Mi amor que se embellece con el mal de las horas,
mi amor en la terraza de un café
con un hibisco blanco entre las manos,
vestida a la usanza del nuevo milenio.
Mi amor que seguirá cuando me vaya,
con otra risa y otros ojos,
como una llama que dio un salto entre dos velas
y se quedó alumbrado el azul de la tierra.



E

POPEYA DEL GUAIRE

El río Guaire tiene malos modales, cuando va
en los autobuses nunca le cede el puesto
a las parturientas, se sienta primero que las
damas, en los entierros grita más alto que
las viudas, dice impertinencias del muerto, cuentos
de los otros ríos.

A mí que no me nombre, dice el
Orinoco, no fue grumete en La Invencible ni
pudo unir sus aguas a los siete mares de China.
Los indios lo taparon con concha de totuma
para que los españoles no se lo bebieran.
No se parece a los ríos de don Jorge Manrique.
La mar océano no lo soporta; respecto a
él filosofa como un sabio chino: "Un río que no sabe morir es un golfo".
¿Quién lo maleó?

No lleva doblón, ni sencillo, ni baúl de
pirata en sus dominios.
Tampoco rabo de tigre, tiene la carne peluda.
No trabaja, no canta.

Se monta en un perol de leche o
sobre el capó de un carro a mirar
los colores de la ciudad: es un río
que contempla, no para que lo contemplen.
Tan pobre: si la luna de los amantes
se atreviera a conversar con él, ningún puente
la aceptaría; que no le vaya a pelar
los ojos a la laguna negra, el poeta
Acevedo sería capaz de encerrarlo en un soneto.
Bronca de ríos y qué hermanos. No me
meto en esos líos familiares. Así me
enseñaron en la escuela. No es mi problema.
Por el camino que da a la selva,
donde se gesta un remolino de caimanes;
y el árbol de caucho brilla como un
estuche de precioso bisturí, Andrés Mejía le fue
a meter chirimbolos del Guaire al Magdalena:
el Magdalena tan reilón con sus dientes de
oro y muelas de esmeralda lo dejó beber
ron durante tres días. No le paró.
Lo emborrachó, le silbó una cumbia, un bambuco.
Y así se lo envió al Motatán, metido en
un guacal de manzanas para la casa de
Hermes Vargas. Cuentos de Andrés. Más sabe Andrés
por Andrés que el Magdalena y sus pedrerías.
La flor fétida, el aceite de las refinerías, la
garcita urbana y una nevera desportillada
son cifras que acompañan. En algunos casos el
sol es un golpe de espuelas contra las
aguas revueltas.

El río Guaire es mi amigo. Yo le
pido la bendición. Él es como un burrito
indómito que atraviesa la ciudad cargado de botellas

[vacías:

ningún río de las Francias y de las
Alemanias se le compara. Está enamorado de la
quebrada de Catuche. Qué amores
Intercambian bacinillas detrás de los estacionamientos,

[si los vieran.

El Dumbo Márquez no lo quiere: su Harley Davidson
se ahogó en sus aguas. Yo sí lo
quiero, no es como el Orinoco que se
alimenta de músicos; se tragó toda una orquesta,
y las cartas de amor de Argenis Daza Guevara;
y si no quería cantar y amar, ¿por qué lo hizo?
Qué desperdicio. Tan pedante.

En mi infancia yo quería al Orinoco.
En ese cruce había un araguaney, donde se
enlazaban los gatos, que lo miraban a uno
con sus ojos de oro. El viento corría
por ahí: hablaba como duro cartón. Bajaba gruesa
neblina por La Puerta de Caracas. Todos los
autobuses pasaban de largo y se metían al cine.
Mi infancia que tenía más colores que los
de un poeta de provincia en su provincia,
no distinguía las aguas, todas eran iguales.



D

ESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD
CUANDO PASA EL CADÁVER

a)

En la esquina
el adorno negro como inmenso pájaro
espectador, y en grandes racimos los lirios
desde cada ventana
poco más bajo de la bandera a media asta.
Y los altares de las casas encendidos
en lámparas de aceite
por decreto y para buenandanza del
[homenaje.
Las gentes cruzan con lentitud
al mar
hasta ver en la bruma los escarceos de la
[gaviota
ocultándose en las velas lejanas:
espuma
del azul trágico,
¡disueltas en la música fúnebre!

b)

Reflexiono acerca del digno catafalco,
el sudor de los emisarios lejanos
y el estremecimiento de las magnolias.
Y tal vez
otra voz se une a estos rezos
en el sombrío rostro de cada uno de los
[que marchan
entre sombras. ¿No hay un sueño,
una estada en otro país?
Un ave mortal
en esta calle
y volamos, volamos ahora, dulce,
pausadamente.

c)

Se dispuso del sol en lugares grises,
no habrá nada más que esta vía
y los recuerdos y las honras.
Una y otra vez
y otra vez hacia la noche y hacia la
[muerte
hombres del funeral
lóbregas damas de negro y llorosas
[bandadas de redoble,
y más salvas, precisas y regulares
sonando, sonando
hacia el atardecer, hacia el crepúsculo
[sombrio,
como estrellas malditas que giran a
[nuestro alrededor
llenándonos de muerte.

P
RESAGIOS



A Juan Sánchez Peláez

Vio una sogá, colgaba en su casa.
Afuera estaba un muerto
Era una sogá fina y cruel
salía de la boca del muerto

Vio un pueblo, escuchó gritos,
venían a matarlo
él estaba cargando un arcabuz, sudaba
Después vio unas vacas paciéndo
y un valle claro y reluciente
y guerras
Miró por otro lado
Estaba Isabel en su hamaca, meciéndose,
y junto a ella pájaros y enormes hojas
[que brillaban
Allí empezó a crecer el mar

Entonces comenzó Francisco a perderse
a perderse



Hay una casa vacía que no espera a nadie
Hay un puente que nadie cruzará
Hay una espuma sobre la que ningún rayo de sol deja fulgor
Hay una mujer que me espera pero no me conoce
Hay un sentimiento humano tapiado para siempre sin que ningún
poeta descifre su terrible poder
Hay un rencor que no se da y una piedad que no se recibe
Hay un oscuro presentimiento en los huesos del que ansiamos
deshacernos y sólo logramos avivar
Hay pájaros que confunden sus jaulas de hierro con espesos
amaneceres
e idiotas que piensan ser dioses
porque tal vez en verdad lo son
Hay nubes y frutos desconectados de todo egoísmo
y una ventana que sólo sirve para ignorar el mundo
Hay un cofre hecho para el vacío
y una boca nacida para no ser besada
Hay una piedra que sueña con que jamás nadie estorbe su muerte
Hay una escritura cuya grafía es el secreto
Hay una piel hecha para que el mar la borre
Y hay quien sueña con un bosque solitario junto a una pradera solitaria
cerca de
una colina desde donde pueda oírse el cantar
del firmamento.



A DRIÁTICO

Cuando en la costa italiana pensaba en tu cuerpo
aferrado al volante de un Renault 18
mientras el Adriático dejaba en los vidrios su sopa celeste

Cuando la solitaria autopista de otoño hacía interminable
la melodía tristona de la radio
y raudas nubes vagabundeaban sin rumbo en el
cielo informe donde París era un recuerdo

Cuando finalmente las luces de Padova
en la madrugada me trajeron otra vez tus ojos tristes
y al día siguiente tus brazos

Supé que en Venecia te hallaría
Poesía inatrapable
Para siempre

[BEBE MI SANGRE, AMADO]

Bebe mi sangre, amado. Siente su aroma de rosas, déjala florecer en tu garganta.

Bebe mi sangre. Es la misma de mis padres, amado, quienes me crearon para ti. De ellos heredé el don de los lamentos. Venéralos por ello.

Bebe, y duerme. Déjame conducirte por la falsa puerta del sueño.

Ya no serás el mismo, amado. Ya no el hombre frío, libando sangre mala, calentándose en el fuego de otra mujer.

HORA DE LA VERDAD

Has llegado como el fuego que devasta el sembradío. El oscuro animal que grazna en el granero. La hiena: sólo te acercas cuando la muerte ha cumplido.

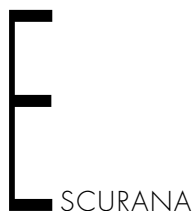
Antes, lienzos amargos vendaban mis ojos. Mis ojos blancos, vueltos hacia la niebla, mientras avanzabas lenta, irremediable, como el goteo ácido de la envidia entre hermanas.

Ahora, manas espesa, tibia, del cuello abierto de un gallo negro.

Mi cuerpo se encorva bajo tu peso. Mis piernas te circundan. Mis manos buscan tu nuca, tu cresta.

Hora, bórralo todo; mancha mi delantal con gruesa levadura, aplasta la espiga con tu mazo. Que el pan de mi cena crezca voraz, negro.

Hazlo ahora, después de que el mal está hecho.



Él piensa que soy santa.
Está loco.
Las santas son morenas y menudas,
o blancas como el yeso,
y no gritan,
como yo bajo su cuerpo.

Él piensa que soy santa.
Lo sé: me unta de saliva,
me cubre de gasas,
me prende velas.
Dice: *Hazme un milagro.*
Entonces, reúno los doce miembros
de su cuerpo infiel,
y los coso, punto de cruz,
sobre la blanca superficie.
Parece un alfabeto, dice,
y los puntos le duelen.

El hilo seco
imprime su carne.
Ya estoy listo, anuncia.
Ya puedo leerme.
Sé lo que viene.
Me cubro el rostro
mientras se va.
Adiós, Escurana.
Ése es mi nombre
cuando él sale por mi puerta.



A
NUNCIACIÓN



Hoy, al llegar a la casa, por la noche,
mientras la ciudad ardía de neones
y un burdel de rojos verdes azules amarillos
—palpitando en el aire ennegrecido—
convertía el crepúsculo en muchacha seducida
por unas monedas rutilantes,
yo, en silencio,
imagine un pacto furtivo con Caracas:
le pedí al televisor (apagado extrañamente en esa hora)
un programa que fuera
algo así
como un arcángel repentino de Fra Angélico
batiendo sus levísimas alas
allí en la pantalla
bruscamente florida
por el crujir de un azul vespertino de Rey Mago
para trajearnos todos.



B OCETO

[...] lo que os gustaría es una Obra Maestra.

De mí no la tendréis.

MARTÍNEZ RIVAS

Si contrariamente a lo previsto
fuera la tribu
la que diera su sentido más puro
a mis palabras.

Si la imagen —dejando, desde luego,
mesa puesta, habituales contertulios—
acogiera cicatrices,
acudiera a las pústulas
(demasiado decir: si las curara),
si la metáfora, a secas,
recibiera sin modales a la ampolla de veras,
fresca y mártir—,
si osara salir el adjetivo
a contar las llagas.

Si los sanguinolentos tendones del poema
hospitalizaran —por fin— al dulce oído,
al ojo y su embeleso.
Si en mitad de los versos inocentes
se oyera el griterío
de la celda vecina.

[U
N TIEMPO MÁS BAJO
LOS ÁRBOLES]



un tiempo más bajo los árboles

no hay estación en el río
sólo movimiento
en él disperso
la sorpresa de estar
un tiempo más bajo los árboles

simple tregua mientras todo se borra

después
otros encontrarán el río

olerán las flores
conocerán también
el esplendor del mundo

F
ORTALEZA

Percemos
ufanos de silencio
y cordura
alejados de riesgos e ironías

Una y otra vez
perdemos equilibrio
lejos del animal que somos

Cuando esto sucede
sabemos
que nuestra fortaleza
es imaginaria



ENTRE DOS VACÍOS

Larga llanura presentida
entre los párpados del entresueño
desemboca a través de barrotes en la ciudad desmantelada

Nuestras huellas sólo piden borrarse

¿Qué puerta nos sorprende enmarcada en el aire
con sus goznes que la lluvia sujeta
su aldaba donde leemos el silencio?

A lo lejos
ponemos un pétalo sobre un cráter
una gota de rocío enfrenta la tormenta

Y esta ola rompiéndose entre dos vacíos
descubre risas más allá de los rostros

El ala de otro despertar espejea en las manos que lavan la copa

Un muro me pide trazar con nuestra sangre
en su derrumbe una palabra
salvación

A SALIDA

A PUNTE

Me acompañas a cruzar la ciudad
 llevando el miedo replegado en los bolsillos
 mientras llegan
 a través de los muros con musgos increíbles
 las tragedias disueltas en ecos

No hay cruce
 ni di a la derecha ni a izquierda
 sólo esta calle justa para nosotros
 donde la angustia se halla casi borrada
 por una niebla tibia de crepúsculo

Presentimos la salida
 la casa sin candados
 acogiéndonos
 la casa femenina
 y su jardín de perros con pelambres de
 hortensias y bellotas
 que lamen dulcemente nuestras manos
 y hacen que nuestros pasos leviten a la
 [entrada
 de esta ciudad imprevista
 abriéndose en el sueño

Tengo entre las manos el apunte del
 [siguiente día

Unas líneas de sol, muy simples

Tan simples como se despliega un ala

Tus manos elevando las cosas familiares

Una sed del sentido

Los ausentes que vuelven por instantes
 en una ondulación del aire

Una prisión de seguir

Una enredadera donde beben los pájaros

Algo que nos yergue
 de pie a cabeza



● Háblenos del sentimiento hacia su primer libro publicado y el último.

CARLOS NOGUERA. El primero: la vivencia de la edición de mi primer libro, *Historias de la calle Lincoln* se recubre con la transparencia y la ingenuidad de la primera juventud. La recuerdo como una fiesta juvenil o una danza de amor.

La más reciente edición corresponde a *Los cristales de la noche*. Una novela de 700 páginas, de estructura compleja. La miro como un reto personal y como un riesgo. Entre una y otra, el vértigo espléndido del tiempo y el diálogo permanente con la vocación.

JUAN CALZADILLA. En 1953 obtuve el Primer Premio en un concurso para poetas jóvenes que abrió en Caracas la Asociación Venezolana

de Periodistas (AVAP). Este premio daba derecho a la publicación del manuscrito ganador y a un viaje a la Unión Soviética, pues estaba auspiciado, no sé si ustedes recuerdan, por el Festival Mundial de la Juventud, que se celebraba en Moscú. Finalmente ni la publicación ni el viaje se materializaron. Pero la experiencia fue decisiva para mí. Salí en hombros en primera página de *El Nacional*, que por entonces era el diario de las izquierdas y tenía gran circulación. *La torre de los pájaros* (tal era el título del estoraje ganador) apareció publicado dos años después en una plaqueta del Ateneo de Valencia, en los llamados *Cuadernos Cabriales*. Lo que puedo considerar como mi primer libro salió editado en 1954 y fue obra de mi empeño de improvisado editor. Lo explicaré.

Por aquella época los poetas jóvenes, en cuanto se daban a conocer, eran recibidos y celebrados por la prensa y las revistas de turno, pero no así, como sigue sucediendo hasta hoy, por los editores. Lo común era que los poetas se pagaran de su propio bolsillo la impresión de sus manuscritos y que se encargaran de la edición de éstos, ayudados

* Para esta edición de *Blanco Móvil* invitamos algunos escritores venezolanos para que respondieran a un cuestionario básico y común, lo que permite al lector otra fuente de aproximación con estos poetas y narradores. Los temas evocados permitirán una mayor comprensión acerca de la visión de mundo de cada uno de ellos. [FM y BAO]

por algún amigo dibujante, porque era de rigor la ilustración en tapa o en el interior del libro. Sin embargo, sucedió que en 1954 Vicente Gerbasi, nuestro poeta paisajista, publicaba unos cuadernos que se pagaban con los anuncios publicitarios insertados en las últimas páginas del pequeño volumen consagrado a la poesía venezolana. Entonces Gerbasi me dio la oportunidad de publicar un opúsculo en su colección a condición de que yo mismo me ocupara de conseguir y cobrar los avisos, lo cual me convirtió, de la noche a la mañana, en el editor de mi primer libro, con el título de *Primeros poemas*. Los textos eran meros ejercicios de poesía métrica de corte español escritos en el tiempo en que yo estudiaba literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas. ¡Pero cuánta desazón originó en mí esta aventura editorial! Juzgué que el opúsculo no debió haberse publicado porque ya trabajaba yo en otra línea, más próxima a la vanguardia. Por lo que recogí los ejemplares que quedaban de la edición y los quemé. Pero no así el poco dinero de los anuncios que me permitió cancelar al voraz impresor Garrido y Cía.

Mi último libro publicado es la antología que preparó Floriano Martins para la editorial *Letras Contemporáneas*, en Brasil, con el título *La condición urbana*. Aquí, en este volumen, Floriano privilegia uno de los ejes de mi obra poética y considera con ello que lo urbano es el núcleo temático dominante de todo mi trabajo, aunque eso pueda ser discutible o, en todo caso, válido sólo para buena parte de mi poesía, aquella que se desprende del lenguaje surrealista de mis primeros libros. El tema reiterativo en esta compilación es, en efecto, lo urbano humano, y esto pudo justificar el criterio seguido por Floriano al elegir el título en cuestión para esta antología.



MARÍA ANTONIETA FLORES. Hacia ambos, desconcierto, incomodidad y satisfacción. Desconcierto al ver una forma que surge más allá de mi propia voluntad, incomodidad porque es un desvelamiento. Lo de satisfacción, es obvio. Hacia el primero, *El señor de la muralla*, el agradecimiento por abrir camino a mi voz y ser la representación física inicial de mi compromiso con el poema; hacia el más recientemente publicado, *La voz de mis hermanas*, una mezcla de sentimientos encontrados debido a la sensación de haber alcanzado un lugar que me abre un camino más insondable y exigente.

LUIS ALBERTO CRESPO. Mi primer libro despierta en mí el sentimiento de un adiós al primer asombro del mundo, que en mi caso es el de un paisaje expuesto a la quemadura, a la borradura de toda sombra, toda memoria. Quise tenerlo en mi escritura, como un trazo del corazón sobre la página convertida en tierra blanca, al borde de lo nulo. En mi más reciente libro, *Tórtola de más arriba*, he intentado devolverme con mis ancestros, los desterrados, para saber qué de ellos en mí persiste, con mi propio destierro, vivencial y poético.

MILAGROS MATA GIL. Mi primer libro publicado fue *Estación y otros relatos*, en 1986. Pocas personas conservan ejemplares de ese texto. Pero los relatos han sido muy divulgados en revistas y antologías. Considero que es un libro que debo re-evaluar. Lo veo como un ejercicio (1985-1986) y no puedo decir mucho sobre él. El cuento llamado "Estación" es considerado por los críticos un clásico en su género. Quizá.

El último está en proceso. Es como un embarazo, y en este caso, bastante difícil. El penúltimo se llama *Autobiografía apócrifa de una autora en busca de un biógrafo real*. Por ahora, inédito aún, terminado en febrero de este año. Me siento bien con él, pero lo considero un ejercicio.

WILFREDO MACHADO. El sentimiento general que tengo con respecto a mis libros publicados, en general, es un sentimiento de vergüenza. Siempre pienso que podía haberlo hecho mejor, o quizás peor. Siempre es difícil juzgarse a sí mismo. Para eso existen los jueces y los críticos literarios. Yo prefiero olvidar aunque tenga memoria de elefante y pensar que la próxima vez será mejor, o peor, quién lo sabe.

2. ¿Qué ha mantenido su fidelidad a la literatura?

CARLOS NOGUERA. No puedo no escribir. Es un asunto de impulso primigenio, casi biológico.

JUAN CALZADILLA. Varias cosas: 1) Haber encontrado en la escritura un medio al cual pudiera dedicar todas mis fuerzas para hallar en él mi forma más plena de realización personal. 2) Haber podido suplantar, en fecha temprana, el modo meramente aficionado de escribir por una praxis raigal o por decirlo



así, profesional, que me permitiría asumir la escritura como oficio y destino, y sobre todo, 3) poder ganar mi sustento, vía periodística, mediante el ejercicio diario y empecinado de la escritura. Y 4) haber encontrado el apoyo de los lectores, sin el cual no hubiera podido justificar que hacía las cosas bien cuando trataba de conjugar vida y expresión.

MARÍA ANTONIETA FLORES. La pasión que siento por ella y la pasión que ella me ha entregado y me ha revelado hasta el punto de determinarme o configurarme.

LUIS ALBERTO CRESPO. Profeso un terco fervor por la poesía, que es mi sola escritura posible. Ella, la poesía, se ha convertido para mí en una suerte de vía real hacia el conocimiento personal, en una averiguación honda de cuanto pueda conservar aún de toda plenitud frente a la memoria y la conciencia.

MILAGROS MATA GIL. La vocación. Es difícil mantenerse en este mundo sin vocación, porque requiere esfuerzos, gastos, lecturas adicionales.

WILFREDO MACHADO. Bueno, a mí nunca van a condecorarme con un premio a la fidelidad

literaria. Esa pregunta es casi un chiste. ¿De verdad están hablando en serio, o es una broma de los editores? Me siento como si estuviera en el altar literario y tuviera que desposar a algún folletín del siglo XIX. En mi caso la escritura nunca fue una elección. Yo sólo abrí una puerta hace muchos años y entré, pero nunca he encontrado la puerta de salida.

3. ¿Se conoce suficientemente la prosa venezolana fuera de sus linderos?

CARLOS NOGUERA. No. No se conoce. Es un problema que afrontamos los escritores venezolanos desde hace décadas. Esperamos que la creación de la flamante Ediciones Alba, con estructura y aspiración internacionales, pueda solventar esta calamidad.

JUAN CALZADILLA. Últimamente ha habido cierto repunte de la poesía venezolana en el exterior, en materia difusiva. Aunque esto puede deberse, más que todo, al auge de las páginas web, que pululan por todas partes, urgidas de interactuar literariamente sin atender a consideraciones geográficas, ideológicas o de cualquier otro tipo fuera de la piratería legalizada que se practica.

Ya se ha hecho en ediciones internacionales el lanzamiento de poetas venezolanos de obra reconocida como Ramos Sucre, Cadenas, Montejo y otros menos conocidos como yo & cía. En Colombia, por ejemplo, circula muy bien la poesía venezolana, casi tanto como la de aquel país en el nuestro. No dudo que contamos con una cantidad de poetas ya publicados que en materia de lectura y reconocimiento siguen siendo inéditos.

Agrego, para curarme en salud, que no estoy al tanto de lo que está ocurriendo con nuestra narrativa en el exterior. Supongo que

lo mismo que en las naciones fuertes en ficción le está ocurriendo a la gran novela. Una especie de desplazamiento de los lectores hacia la narrativa breve con la consiguiente desconfianza en la novela voluminosa, lineal, continua y argumentalmente baladí, suplantada ahora en las vitrinas de los automercados por los libros de autoayuda.

MARÍA ANTONIETA FLORES. No.

LUIS ALBERTO CRESPO. Hemos sido muy indiferentes al momento de darnos a conocer más allá de nuestras fronteras. Publicamos para los amigos y para algunos lectores y eso pareciera bastarnos. Es como si no tuviéramos interés en encontrar lectores lejanos, amigos del diálogo colectivo, de la comunicación poética más varia. También es verdad que nuestras instituciones culturales, públicas o privadas, se desentienden a la hora de difundir nuestra literatura, contrariamente a lo que en México, por ejemplo. Nuestras embajadas bostezan cuando se les sugiere que sirvan de aliados de esa difusión. Actualmente, nuestro gobierno ha iniciado una fornida estrategia para acercar nuestra literatura al extranjero. De otra parte, veo con optimismo la iniciativa de ciertas casas editoras y ciertos organismos culturales en dar a conocer a nuestros grandes poetas: Ramos Sucre, Sánchez Peláez, Montejo, Cadenas, etcétera.

MILAGROS MATA GIL. No suficientemente, pero más que hace diez años. Hay una muy buena narrativa en Venezuela y un buen trabajo ensayístico, pero las circunstancias de los últimos seis o siete años, nos han puesto un poco como en rezago ante las naciones y los críticos. A pesar de todo, se continúa escribiendo. Una literatura que sin duda será, es ya, muy importante.

WILFREDO MACHADO. Este es uno de los lugares más comunes dentro de las eternas discusiones sobre la promoción y el desconocimiento general de la literatura venezolana en el mundo, suponiendo que exista una literatura nacional con características regionales que la haga diferente de otras literaturas. Yo tiendo a no creer mucho en eso, aunque vivamos en un mundo de conceptos, de categorías, de estancos cerrados. Creo que es una eterna queja general la de que nadie nos conoce, como si la literatura fuera una tarjeta de presentación en sociedad. En ese sentido prefiero la frase de Groucho Marx: "Yo no pertenecería a ningún club donde aceptaran a gente como uno".

4. ¿Cuál escritor es un punto de referencia suyo?

CARLOS NOGUERA. Julio Cortázar.

JUAN CALZADILLA. Me cuesta asignarle a una sola persona un papel tutelar a este respecto. Soy de opinión que, salvo excepciones, los latinoamericanos, por una suerte de subestima, somos dados a pagar tributo más al genio extranjero que al criollo. Y en este sentido no puedo dejar de decir cuánto debo, en una primera etapa, a poetas del 28 español como Pedro Salinas, Cernuda, Lorca. Pero internamente, el factor propiciatorio más estimulante, en el desolado país que me tocó, lo encontré en la amistad con Rodolfo Moleiro, un poetazo de la generación del 18, poco reconocido pero de acendrada obra, que surgió del Modernismo de Darío para terminar como un gran lector de Antonio Machado y Paul Valéry. Aunque no coincidiéramos en nuestros registros, siendo él un poeta de factura clásica, sí fuimos afines en cuanto a preferencias, rigor y crítica al facilismo derivado

de las malas lecturas que del Surrealismo y de Pablo Neruda se hacían en un país en el cual se ignoraban las obras de Ramos Sucre y Salustio González Rincones.

MARÍA ANTONIETA FLORES. Anaïs Nin. La lectura lenta y pausada de sus diarios y de *Delta de Venus* me vincularon con una mirada y una voz que se reconocía única, femenina e íntima.

LUIS ALBERTO CRESPO. Leo con fruición y asiduidad a Paul Celan. Releo a René Char y me despierto temprano a leer a Wallace Stevens, a Georges Shehadé, a Adonis. Pero es Celan mi poeta de cabecera. Sí, Celan, siempre. Amo su decir abrupto, su grito trabado.

MILAGROS MATA GIL. William Faulkner, John Dos Passos, José Balza, Carlos Noguera, Ana Teresa Torres... Entre miles... Jane Austin, por ejemplo. O Virginia Wolff.

WILFREDO MACHADO. No sé por qué extraña razón buena parte de los textos que he escrito hasta ahora han estado vinculados al mundo animal como referencia inevitable. Siempre he pensado que los animales me escogieron a mí, y no lo contrario. Esto aún me sigue sucediendo a pesar de mí mismo. Creo que las fábulas, los manuales de zoología, los bestiarios medievales, la antigüedad en general ha llenado buena parte de mi vida y de mis horas de lectura. Nombrar a un escritor en particular sería casi como traicionar a otros. Creo que las fuentes de toda escritura están en un pasado más remoto, en las cavernas, en los antiguos mitos que sobreviven a toda modernidad y toda banalidad. El sueño de los dioses, quienes quieran que estos sean, sobrevive en nosotros a través de la poesía. La literatura no es un camino, es una fe de vida.

Botellas al mar: una mirada sobre la prosa venezolana

PROSISTAS VENEZOLANOS

Belkys Arredondo Olivo

Cuando acepté participar en la elaboración de la muestra de narradores venezolanos cuya selección estaría definida por el espacio posible de la publicación, el proceso de invitar a integrarla, la recepción de los trabajos, además del tiempo acicateador, la imaginé como una golosina que invitaría al lector a un acercamiento mayor a la literatura que se viene creando en Venezuela.

Las restricciones para la muestra serían primero que estuvieran vivos, segundo que fuera variada tanto en su edad como en sus distinciones. El conjunto de autores que presentamos poseen el oficio, la comunión de vida con la literatura, la obsesión diaria con el escribir. Son escritores que en Venezuela consideramos de primera línea.

Aquí encontraremos a Luis Britto García, quien hace uso de la lengua literaria y de las formas narrativas para darnos una literatura que busca y rebusca, crea y recrea expresiones dándole formas insólitas, las exprime en un gozo lúdico de entrega. Su multiplicidad de relatos no está en la prosa solemne sino en la ironía, la gracia,

el humor negro, la irreverencia ante lo consagrado y el rompimiento de los lenguajes oficiales.

También a Ana Teresa Torres, planteando con sus textos la problemática que tiene que ver con la literatura posmoderna. En este capítulo que ofrecemos de su novela *La favorita del señor* explora con sobriedad y frescura el intenso proceso del conocimiento erótico/amoroso en sus múltiples posibilidades. Su narrar gana espacio y relevancia con las voces femeninas. En ellos hay una insistencia en demostrar que la escritura es fuente inagotable de conocimiento, es la concepción de la vida que crece y se afirma.

Carlos Noguera, escritor abocado a lo urbano, donde la vida de la ciudad es el afluente de sus novelas. En su trabajo hay una exploración en el tiempo, el que fue, el que viene, el que va y vuelve. Se narran episodios que descubren un acontecer narrativo revelador de la trama. Testimonia y ficcionaliza la urbe que se multiplica en sus laberintos. Sus ojos, los del autor, espían el acontecer afirmando un espacio signado por el acaecer continuo.



En la entrega de Humberto Mata hallamos el relato fantástico, la ironía en donde se plasma la madurez narrativa del autor. La contemplación para dilucidar la circunstancia del mismo donde los espacios de libertad son los de la ruptura y la alteridad. Lo urbano y lo sórdido de la contemporaneidad venezolana. El autor se desdobra en sus personajes y transita con ellos en un espacio insostenible.

Milagros Mata Gil con un texto inédito epistolar como forma narrativa, tendencia tan actual hacia lo autobiográfico, expresa el intimismo de la escritura femenina con una prosa estilizada, surcada de inteligencia y lucidez, donde el hablar culto se mezcla con el cotidiano. Todo fluye con espontaneidad, en un juego de disfraces y máscaras donde no sólo se ofrecen visiones alternativas de hechos y personajes sino también los alcances y limitaciones de diversas exploraciones del pasado.

Con una audaz propuesta, Wilfredo Machado tiene una ficcionalización de lo fantástico que es otra forma de contar la realidad. Con tono risueño configura un bestiario donde las ideas abstractas se convierten en elementos sensibles. Un mundo particular ilumina la belleza de un lenguaje donde brilla el idioma.

Antonio López Ortega es un autor que siente su oficio como un ejercicio de comunicación. Su cuentos ágiles intercambian correspondencias, variantes, refractan brillos y opacidades, cambian ante la mirada del lector en busca de sentidos. Son viajes refractarios donde la observación construye, se acerca analíticamente, da panorámicas y sentidas evocaciones. Lo lúdico en una búsqueda de lo nuevo y propio. Múltiples temáticas que nos señalan una constante voluntad de revelar juegos de complicidades con los lectores a través de sus historias virtuales.

Stefania Mosca desarrolla temas y situaciones que aborda en toda su complejidad: la orfandad, la búsqueda del padre y la influencia del paso del tiempo en los personajes. En sus narraciones se unifican tono y temática que con una interioridad serena crea ecos intratextuales en el lector.

Ricardo Aguaje aborda temáticas con ingredientes políticos y ciudadanos en los que no deja nada para la casualidad, lo breve es un estilo privilegiado en sus manos, no sólo por el límite mismo sino por la simultaneidad de cómo narra los hechos. En sus textos está el antihéroe que se rehúsa pertenecer a lo establecido, ilumina así relaciones humanas, amorosas y sociales donde los textos lúcidos y precisos proclaman que todo vuelve en palabras, siempre sujeto al cálculo escéptico de la condición humana.

Me anima que una revista literaria de la talla de *Blanco Móvil* se interese en ir realizando ediciones dedicadas a cada país latinoamericano. Una pieza literaria, ya sea un cuento, un capítulo de una novela, un poema, tienen una partida de nacimiento a su publicación, viven cuando son leídos. Es decir, se existe.

Así, es un regocijo en medio de tantas dificultades que en general tenemos los escritores. En todo el proceso siempre me acompañó la interrogación del por qué fuera del país circula poco la producción literaria nacional. Tengo la sospecha de que en cada país de Latinoamérica, a quienes escriben les agobian las mismas preguntas relacionadas directamente con el valor e importancia que le dan a nuestro oficio y los respaldos que muchas veces no logramos ver. ¿Por qué se conoce poco fuera de nuestros linderos? ¿Vivimos un ghetto literario? ¿Falta de políticas de Estado? ¿La autoedición de corto tiraje es lo único posible? ¿El exilio es la esperanza para desarrollar el trabajo y encontrar otros lectores?

Desde hace más de cinco años algunas editoriales españolas editan el novelar latinoamericano. Tenemos escritores excelentes en plena producción. Quizás su desconocimiento es estructural, existen autores de calidad que sólo publican en editoriales alternativas.

Lo que sí es cierto es que los que amamos la literatura lo entregamos todo en la aventura del existir por la palabra. La búsqueda del camino se transita en el terreno de la creación y el desarrollo del talento. La pasión es la de la persistencia, en el diálogo e intercambio entrar en el engranaje, buscar interlocutores. Floriano Martins es uno de los que, incansables, le da sentido al respirar en estos trajines de la palabra y la comunicación.

Desde Venezuela y los países de la periferia, los artistas lanzan botellas y esperan señales de retroalimentación. Saben que sin una voluntad real y obsesiva no sobrevivirán. En esta pequeña muestra de escritores hay una contribución del imaginario nacional, son fragmentos para la memoria, testimonios de la expresividad, de los espacios que enriquecerán una parte de la totalidad cultural.



Carro rojo

PROSISTAS VENEZOLANOS

Ricardo Aguaje



a Armando

Errese yo atravesando una ciudad dormida, huyendo sin motivo aparente, dibujando en la evasión un perfil de mi vida, ambiguo, como mi carácter, falso, como mis razonamientos (o racionalizaciones, según Gustavo desde su botella de vino y cultura a dos lenguas, una muerta); perdido en mis acciones buenas y viriles, en el retorno a las sanas y correctas costumbres (pero, entonces Paula); perdido en una sonrisa sin género (curioso cómo se parecen), aunque sí modo, y el niño modoso escapando nuevamente, dejando el pelero a través de una ventana de cristal y corriendo por las trincheras de la moral, el estudio, el trabajo y el futuro acondicionado en una oficina con aire garantizado por el título y cinco años de Facultad de Ingeniería de la ULA, ESTUDIAR Y LUCHAR HASTA VENCER, SI SOMOS EL FUTURO POR QUÉ NOS ASESINAN y a mí también me gustan Lezama Lima y *Focus*, Paula sonriendo en mitad de una manifestación de la FCU —AQUÍ ESTÁN / ESOS SON / LOS QUE ROBAN

LA NACIÓN— y Gustavo más tarde en un parque de la Urdaneta ofreciendo cigarrillos para brindar por el sorprendente encuentro de tres lectores de Sterne en la ciudad de Santiago de Los Caballeros.

Érase yo atrapado entre la estadística, los ojos de Paula y una noche que Gustavo habló del desorden de los sentidos (Gustavo Rambó, no Rambo), del orden de los sensatos y del sin sentido de navegar por un solo canal en esta descuidada carretera de la vida —donde todos te gritan ¡Conserva tu derecha!— dejando virgen todo ese territorio de placer que nos rodea y tienta.

También Cocteau y un carro rojo. Pero el carro viene después, es decir, ahora, cruzando por la Treintiuno, despacio, Fairlane él, Quinientos, bajando por la Cuatro y casi parando junto a mí, que cruzo en la Treintidós y desaparezco en la oscura noche de los tiempos de beca, monte, conversaciones hasta las cuatro de la mañana en el apartamento de Gustavo, estudiante privilegiado que go-

zaba de tanto espacio mientras Paula y yo vivíamos en habitaciones pequeñas y apartamentos sobrepoblados. Discusiones sobre política, filosofía, literatura, música, mucho cine y vida futura. Tres ángeles con espadas flamígeras planeando siempre cómo hacer que la humanidad entrara de nuevo en el paraíso, para reforestarlo con árboles prohibidos y demás gramíneas (y cyperáceas). Ángeles no por considerarnos superiores al resto de los merideños y mortales, sino por ser iguales los tres, con las mismas aspiraciones y desencuentros con el mundo organizado y presente, por ubicarnos en la misma ruta y a la misma altura (no era cierto, pero entonces no sabíamos, no sabía). Ángeles que abordaban juntos las vacaciones, al sur del Lago, Paraguaná, Cumaná y otras regiones equinociales de nuestro continente; que en Caracas iban juntos a cines, museos, teatros y cuanto espectáculo y sitio interesante había en la ciudad; que empujaban entre los tres el sueño de Gustavo de ser escritor (aunque estoy demasiado influenciado por mi especialidad, en pleno trópico aparece Calíope en chorcitos y no logro quitarme de encima a la grecorromana, es una lucha), la ambición de ser actriz de Paula (pero me aterra el miedo escénico), y la mía de dedicarme a la investigación y trabajar en Amazonas (no quiero encerrarme en una oficina, quiero aventura, quiero selva).

“¿Qué decir de las amistades apasionadas que hay que confundir con el amor y que son otra cosa, sin embargo, límites del amor y de la amistad, de esa zona del corazón en que intervienen sentimientos desconocidos y que no pueden comprender los que viven en serie?”.

¿Qué decir, Jean? Que éramos Gustavo, Paula y yo, creadores de un tríptico autorretrático, monstruo amoroso de tres cabezas,

cada una puesta en una carrera y una vida, y mejor no sigo por ahí porque no lleva a ninguna parte, igual a este caminar sin rumbo en una ciudad cubierta por la niebla y un Fairlane que vuelve a hacer deliberada y lenta aparición, otra vez frenando un poco y yo cambiando de acera y mentalidad después del título, toga, birrete y trabajo en Barinas, más tarde Ministerio del Ambiente en Caracas, funcionario público, salvaguardado mi patrimonio por la ley y Gloria también sonriendo, pero no en una manifestación, en la fuente de soda de un centro comercial; tampoco hablando de Lezama Lima o *Tristram Shandy*, más bien de asuntos de la oficina, postgrados y del azar que hizo imposible que nos tratáramos en Mérida estudiando la misma carrera y con sólo un semestre de diferencia, y que ahora trabajemos juntos y salgamos a menudo y cualquier noche nos demos cualquier número de besos en un rincón de su apartamento arreglado con gusto y alevosía.

Cuatro años, a punto de perpetrar vida conyugal, estabilización total, y entonces este arranque, ganas de volver a la ciudad donde tanto aprendí (no precisamente en la universidad), aprovechar unas vacaciones y venir solo a reencontrar el espacio que Paula, Gustavo y yo inventamos con nuestros largos paseos y al que bautizamos Mérida, por parecernos el nombre adecuado para esta meseta cubierta de casas, parques, iglesias y aquejada de *universitas emeritensis* (POR UN JUSTO PRESUPUESTO). Gloria preguntando por qué no puedo ir amor y yo sin una respuesta *ad hoc* a mano, aun así rechazando su cálida compañía, tan dulce y adecuada a esta ciudad de frío y neblina.

Érase yo en una ciudad cambiada, cambiado también, asombrado por los nuevos puentes, paseos, edificios, tascas, restau-

rantes vegetarianos y demás elementos del inventario que levanté los primeros días de soledad y fastidio, a punto de abortar la búsqueda del tiempo perdido y regresar a Gloria, la de los niveos brazos, la de tiernas y telefónicas recriminaciones por dejarla sola en una ciudad de cuatro millones de alienados —menos uno— mientras venía a divertirme en esta sede del derrape y la nostalgia hippie (MÉRIDA ES DE PINGA, TODO EL MUNDO SINGA). Érase yo que no me decidía a volver porque había venido buscando algo, lo que perdí al abandonar la ciudad, al romper el contacto con Gustavo y Paula, con los gérmenes de un mundo personal que prometían. Qué prometían. Paraba en cualquier esquina y preguntaba al ingeniero Félix si acaso no estaría inventándose problemas o intentando revivir situaciones y momentos que cumplieron su ciclo y tiempo cuando les tocó, es decir, entonces. En vez de una respuesta franca y definitiva: un carro (un Fairlane llamado Deseo), esta vez cerca de la plaza Bolívar y ya no puedo dudar de su juego nada difícil de adivinar, lo conozco, en otros tiempos pasé varias veces por él, en estas calles. El carro se acerca, me sigue tímidamente (un Dodge, un Toyota techo de lona), da algunas vueltas para acumular energías y derrochar gasolina, finalmente se detiene, el conductor, con su mejor voz, pide un cigarrillo o pregunta adónde voy, después se ofrece a llevarme. Mi táctica fue siempre ignorarlos, como esta noche, empeñada en desplegarse sobre un mismo tema, en llevarlo hasta el fin (para eso viniste, y vuelve a llenar las copas).

Érase yo, el gato Félix, el que rompió todos los contactos con las otras cabezas del monstruo, cuestión de no quedar convertido en piedra, en sal de fruta o algo peor; ángel caído buscando alejarse de ese cielo trian-

gular lleno de exigencias y límites a romper, buscando refugio en otra frase de Cocteau: “Vivir es una caída horizontal”, y entonces no es posible aferrarse a un punto de la caída, Gustavo, hay que seguir y contar nada más con lo que tienes a mano, que siempre será menos de lo que esperabas o querías. Gustavo no se da por aludido, estira las piernas y dice no es a mí a quien quieres convencer y Paula no tardará en llegar. Y no es a Paula tampoco.

Pálida Paula de Escuela de Historia, pálida y perdida Paula, vuelta a encontrar en la plaza Colón, por puro accidente y autobús azul, de la universidad, bajando de él ante mis incrédulos ojos (nunca tuviste mucha fe visual, san Félix, dijo más tarde), pues no era posible que todavía fuese estudiante. Y no era, profesora abrazándome y exclamando ¡Félix, tú aquí! De lo más histórica y romana. En el Santa Rosa, reconstruyendo nuestras biografías entre empleados de bancos, italianos viejos y ociosos, marroncitos y una caja de Belmont, por favor. También la de Gustavo, que perdió el apoyo de su familia, abandonó la carrera y se convirtió en escritor a tiempo recortado, trabajando en cualquier cosa para mantenerse y viviendo ahora con Paula, la de los labios temblorosos una noche extraña y lluviosa en que un compañero le falló y estuve como amigo que presta su hombro y oreja al consuelo. Hablando de sus liberaciones, intentos de ir más allá de los clichés acerca del amor y el *fullcontact*. Es un engaño, Félix, te dicen que sí, que están de acuerdo y comprenden tu posición, pero en el fondo te consideran una puta inteligente y nada más, o les da por el lado evangélico y novelero y pretenden recuperarte para su mundo, como si fuera el único posible, el mejor, y a veces me pregunto. Le hablo de mis dudas, posiblemente



pertenezco a la misma clase de gente que execra. No, tú no, Félix, tú estás conmigo, con nosotros, somos compañeros de ruta. Tampoco yo soy muy lúcida, vivo dando y recibiendo trancazos, pero sigo buscando, como tú, piedra pequeña. Un beso suave, un abrazo. Un cambio apenas perceptible en nuestras relaciones, pero que Gustavo registró y anunció una tarde que bajábamos por la Cuatro devorando una bolsa de churros comprados cerca de la plaza Bolívar, entrando en tema y calor con una frase de Regis Debray que anuncia que toda amistad con una mujer no es más que un largo camino hacia el coito, más o menos machista la frase pero hasta cierto punto cierta, más con Paula que era extremadamente sensual

y decidida a la hora de pasar al contacto de los cuerpos amigos. Gustavo nos observaba, pero no era un verdadero espectador, de algún modo estaba adentro y el río de actos y palabras que me llevaba a Paula, tarde o temprano —de noche seguramente— desembocaría también en él.

Exámenes finales en todas las materias, en todos los sentidos, no del todo desordenados, asustado y emocionado al mismo tiempo por el curso que tomaban nuestras amistades (era una amistad plural, tres en una, como cierto misterio cristiano y cierta pulitura de muebles de madera).

Fue el miedo, también las pasantías, me obligaron a salir de Mérida y a pasar tres meses en los bosques de Guri, demasiado tiempo ocupado con la biomasa como para pensar en los ríos que van a dar a un estudiante de Literaturas Clásicas, que es el morir. Fue el miedo y la necesidad de preparar los resultados, sacar las conclusiones y presentar el trabajo al jurado, que lo consideró mediocre, pero aprobable, igual que su autor, rehuyendo el encuentro con los seres que más amaba. Fue el miedo, el título y la misma sonrisa de Paula invitándome a cenar en su apartamento esta noche, habrá tortilla española, arepas andinas y Gustavo.

Y el carro que no aparece, han pasado más de veinte minutos, un Malibu, dos Fiat, un Toyota y ningún Fairlane. ¿Será que se cansó de merodear una presa que no mostraba ningún interés en ser presa, o acaso habré perdido mi *sex-appeal* para los conductores morbosos y trasnochados? En todo caso, he perdido la angustia, ahora gozo de una desesperación fría que se confunde con la temperatura y temperamento de la ciudad, soy parte de ella, o al menos me parezco que jode. Como ella, no termino de definirme, no soy ni ciudad universitaria ni



típico pueblo andino, ni chicha ni limonada; aparento ser muy libre —Félix es de pinga— y de avanzada, pero, a la hora de la verdad, soy más conservador que Ejido o El Vigía —sólo el domingo singa—. Soy engañoso: potencialmente capaz de hacer y dar maravillas; en la práctica, un ingeniero forestal que cumple con su horario corrido en el ministerio. Gustavo dibuja una caricia en el aire que rodea mi cara y dice no debes torturarte, las ciudades nunca terminan de construirse mientras viven, nunca son definitivas. Estás vivo, tienes tiempo, toda una noche. Puedes esperar a Paula en su cuarto.

Soy yo frente a la puerta del apartamento de Paula, al lado de una ventana, curiosa, porque da al pasillo. Un edificio diseñado en el más puro estilo gocho, diría Gustavo. Mentira, no dice nada porque no está pre-

sente. No ha aparecido en toda la tarde y seguro no vendrá esta noche. La sala llena de libros y discos, pocos muebles, apenas dos sillones y una mesita abarrotada de revistas, con una estatuilla hindú presidiendo el desorden, horrible, con tres ojos, seis brazos y en posición de loto. Paula regresa de la cocina con dos copas de vino y viertes mucho mejor ahora, en cambio ella con unos jeans desteñidos y una blusa florida y transparente que deja entrever senos libres de sostén. Venía preparado para una cena formal, donde se hablaría de nuestro pasado con mucha cortesía y buen humor, no es así, es un encuentro cálido que juega con el tiempo y nos devuelve a pocos meses antes de graduarme.

Comemos en la cocina, hago algunas bromas sobre la ventana y Paula piensa poner

una reja. Es fácil forzarla. La sobremesa es en la sala con música de *Weather Report*, “Mercado negro”, no ocupamos los sillones, nos sentamos en una vieja estera con las piernas cruzadas —como la estatuilla— y cada uno va dejando caer pedazos de su vida por riguroso turno. La decepción es la constante, el hilo conductor de Ariadna que guía a Teseo fuera del Laberinto, a los labios de Paula. Ruidos en el pasillo, golpean la ventana y nos separamos, sin sorpresa, ambos esperamos la llegada de Gustavo, la deseamos. No vendrá, ni siquiera sabe que estás aquí. Te sorprenderás cuando lo veas, ha cambiado mucho, se ha vuelto introvertido, descuidado en el modo de vestir, él, que se consideraba el último dandy criollo. Bebe y fuma mucho. Pero, al mismo tiempo, se mantiene, sigue creyendo en aquellos principios que proclamamos cuando éramos estudiantes, no se ha traicionado. Lo dice de tal forma que nuestro encuentro se convierte en una reunión de desertores que traslada la sede y la botella a su cuarto, pero antes cierra la puerta principal con llave. Esta noche eres mi prisionero. Al encender la luz nos encontramos ante un afiche de *Ifigenia*, de Cacoyannis. Sacrificada a los dioses, como todos nosotros cualquier día hábil de la semana. Me burlo de su culto pesimismo y ella responde con un almohadazo, después la blusa abandona su torso con facilidad y Grecia retorna, pero sin sacrificios propiciatorios, o sí: hacemos un holocausto con nuestras ropas, las palabras quebradas por el uso y la rutina, con los años que precedieron a este encuentro, con el miedo y Paula borrando mi memoria con ternura táctil, pero no su ausencia.

De un forestal en el infierno: una noche senté a Paula en mis rodillas —y pensaba en Gustavo.

Me siento en un escalón de la catedral a decidir mi destino, cara o cruz: ir al hotel

o volver al apartamento de Paula; tocar el timbre o entrar por la ventana; cuál cuarto abordar. Ahí están, pensé que no volvería a verlas, las garzas locas —según Paula— volando de noche sobre la plaza Bolívar, entre la neblina, primero en una dirección, pocos minutos después, en dirección opuesta, como si estuvieran perdidas. La primera vez que las vimos bailamos de la emoción, era un espectáculo completamente inesperado y hermoso. Los tres coincidimos en que era una señal mágica, los dioses nos favorecen gritó Gustavo y Paula le sacó la lengua, después un policía nos sacó de la plaza, por escandalosos. Cómo debo interpretar su vuelo esta noche. También el Fairlane rojo, un pájaro de raro agüero que esta vez detiene su marcha y hace señas para que me aproxime. Recuerdo los cuentos de Gustavo sobre algunas de sus aventuras nocturnas: en ese momento subir al carro es jugar a la ruleta rusa, no sabes con quién vas a encontrarte ni hasta dónde van a llegar, es el sexo o la muerte, o ambos. Todo depende, es posible que el tipo sea peligroso, pero esa noche no esté “cargado”. Si lo está, es altamente probable que aparezca varios días después en la primera página de *Frontera* con un titular triste de joven maniatado *and dead*. Pero es una delicia jugar. El muy original quiere un cigarrillo, no puedo ver su rostro, lo protege la oscuridad del carro, más fuerte que la otra. Le digo que no fumo y reinicio el camino en sentido contrario, para que no me siga, es el camino que me llevará de vuelta al hotel. La suerte está echada, en una cama revuelta por nuestros sentidos, mirando con ojos que todavía dominan los sueños, preguntando a qué hora vendré hoy. Tengo que dar clases hasta las seis, pero si vienes antes es posible que encuentres a Gustavo, por si acaso, deja una nota en su cuarto. Plácida Paula.

Abro la puerta despacio, pero no está, aunque se siente su presencia. Un colchón en una esquina con tres cobijas de distintos colores amontonadas y formando una montaña coronada por un interior blanco. En el piso varias botellas vacías de vodka y miche, dos ceniceros llenos y otras colillas regadas bajo un pequeño escritorio con una máquina de escribir rodeada de papeles. Dos afiches, uno del último Festival Internacional de Teatro, una mano con seis dedos; el otro pegado en el clóset, Marlene Dietrich mostrando sus magníficas piernas (*Der blaue Engel*), a su lado, una foto descolorida hecha por una cámara de revelado inmediato. Tomada por Paula en alguna de nuestras excursiones al Valle, Gustavo y yo abrazados, él mirándome. No recuerdo el momento, pero entiendo, y sé muy bien —sin saber cómo— que la mirada continúa, no ha concluido. Una hoja y un libro tirados en el suelo, el libro es *Niebla*, de Unamuno, la hoja es bond tamaño carta y con algunas líneas escritas a máquina. “Una mujer en la fuente de soda de un centro comercial, una ventana siempre y yo esperando inútilmente el hombre que no ha de llegar, ni aun a través de mi escritura”. Tomo un lapicero y agrego: un hombre ha llegado, tal vez. Félix. Pego la nota con un chinche en un muslo de Marlene y salgo. Antes susurro, volveré.

¿Eres tú? Tienes casi una semana en Mérida y no has vuelto a tener la delicadeza de llamarme. Disculpas vagas, justamente en este momento iba a. Tu voz, es distinta, ¿estás enfermo? Quizás, el clima, las amistades, una mujer en una fuente de soda, un deseo al borde de la liberación; o quizás esté a punto de curarme. Claro, me cuidaré. Me quiere y espera que regrese pronto.

¿Soy yo? Nuevamente ante la puerta de su apartamento, antes de las seis. Toco el

timbre y Gustavo abre la ventana. Ha vuelto el hijo prodigio, tendremos que celebrar. Cierra la ventana y aparece en la puerta con un abrazo cálido que me levanta del suelo. Desde que leí tu nota no he podido estar tranquilo, de hecho no hice nada en todo el día, sólo esperarte. Nuestra conversación es un caos al principio, salpicado de vodka y más tarde, después de las seis, de una botella de vino chileno. Deja atrás la euforia con que me recibió, ahora me contempla sosegado desde la cocina, prepara una ensalada mientras pongo un disco de Keith Jarrett que me gusta mucho, *Treasure Island*. Me acerco a la mesita de revistas y tomo la horrible estatuilla hindú. No es hindú, es japonesa, Aizen Myo, dios del amor, menos popular que su colega griega por estos lares. Tiene tres ojos, tres miradas, como nosotros, y todos nuestros brazos. Japón nos comprende, chamo.

Paula no llega, cenamos y le dejamos comida en el horno, nos acomodamos en los sillones y pasamos un rato en silencio. Esta noche reproduce la anterior como un espejo, somos la imagen invertida, en género y ubicación espacial, pero en esencia. ¿Terminará igual? ¿Quiero? ¿Por qué volviste? Busco una respuesta clara, hablo de Gloria y del matrimonio en ciernes, de una vaga insatisfacción que no llega a oprimir, pero que tampoco desaparece. De una historia inconclusa, de cierta frase de Regis Debray que adquirió otras connotaciones, prolongaciones. Todo esto con voz temblorosa, con una voz distinta. ¿Estaré enfermo? No, estás donde quieres, Félix Odiseo, a punto de terminar tu largo viaje de cuatro años, pero no en la Ítaca donde reinan los tejemanejes de Penélope Glamour, sino en Ogigia, la isla de Calipso, la ninfa. La ninfa es Paula. No, la ninfa puede vestir muchas caras y cuerpos, puedes ser tú,

Paula, Gloria, yo. Por qué crees que Ulises permaneció siete años en esa isla, Calipso nunca era la misma, el mismo.

Una conversación muy clásica y peligrosa. Pero es una delicia jugar, acercarse, dar vueltas sobre el punto donde finalmente caeremos (¿caeremos?). Sin embargo, el viaje no ha terminado, ¿verdad? —llena de nuevo las copas— y no se vale que te remolque hasta un cuerpo seguro, debes llegar sin ser forzado. Es tarde ya y Paula no da señales de vida, no comprendo por qué se ha tardado tanto. Quédate, ella vendrá, nunca duerme fuera del apartamento, puedes esperarla en su cuarto, o en el mío. Deja el sillón y la copa de vino, la retórica y la prosódica, la discreción y me besa en los labios. Pasa llave a la puerta principal —este mes han robado varias veces en el edificio— y se va a su habitación.

Me levanto desconcertado y con un corazón que late furioso, voy al pasillo donde están los cuartos. Las puertas enfrentadas, entre Escila y Caribdis (para seguir con la onda homérica), a punto de naufragar en el deseo. Solicito una tregua y tomo el cuarto de Paula como zona desmilitarizada, trato de razonar, pero mi mente está cubierta por el rostro de Gustavo, por su mano tomando la mía mientras me besaba, por el contacto de su lengua. Es cómico, o triste, pero estoy deseando que Paula llegue para acabar con esta ansiedad, sólo ella puede rescatarme, y al mismo tiempo no quiero ser salvado. Además, ella no vendrá. Sabe, los tres sabemos.

Fue el miedo, la necesidad de escapar buscando las llaves en la sala (en su cuarto la luz prendida), haciendo el menor ruido posible (en el cuarto su cuerpo esperando). Búsqueda inútil, sensación de haber caído en una trampa, dulce, pero trampa al fin. Entro a la cocina a servirme un vaso de agua y en plena resignación redescubro la ventana, co-

rrediza. Fue el miedo, siempre cortándome el camino, evitando que llegue adonde soy esperado, donde también yo espero. Miedo a entrar en una dimensión que va más allá del cumplimiento del deseo, porque si entraba a su cuarto ya no volvería a ser el mismo, no podría volver con tranquilidad a mi aburrido horario de oficina, a Gloria y al matrimonio, a mí mismo. Pero vuelvo al hotel, a mi habitación católica, apostólica, viril y económica. Y no puede ser, otra vez el Fairlane, los faros que iluminan y barren de golpe todo ese futuro acartonado —¿por tan poca cosa escapé?— que me espera. No se detiene a mi lado, no me busca, estaciona en la otra acera y apaga las luces.

El juego ha terminado, o está comenzando. Cruzo la calle, abro la puerta y subo. ¿Soy yo? No, soy Gustavo.



INEXPRESABILIDAD DE LAS NUBES

Podrían dominar al mundo las nubes, pero su duración es miserable. Preparan grandes proyectos, alardean, se expanden y cuando esperamos verlas ya culminadas no existen. En el reino de las nubes se queda todo en amenaza. Cuando más ascienden a ciclón. Vive la nube eternamente fugándose de sí misma. Quisiera pensar, pues no son las nubes sino grandes cerebros gaseosos cuya idea es el relámpago. Pero ay, esta ocurrencia las agota. Tienen las nubes lenguaje, apariencia de signos, de gestos, de fruncidos ceños tormentosos para una palabra que queda siempre inconclusa. Algo tratan de decirnos y como no lo entendemos rompen en llanto. Nos cansamos entonces de la fruslería de algodón de azúcar y de la evaporación de gestos que cambian. No intentemos ir más allá. Más arriba sólo está el vacío. En ellas está la sabiduría toda, pero en ciernes. Empiezo a comprenderla, y me disuelvo.

NADAR DE NOCHE

Para nadar de noche mejor dejar atrás los prejuicios comenzando por el del apego a la vida. En el mar nocturno sólo se ve la espuma de las olas como hileras de dientes que van a devorarnos. Para escapar hay que sumergirse, y entonces descubre uno que en la noche del trópico toda burbuja es centella y toda brazada estela de chispas y que si al hundirse se dijo adiós al cielo estrellado en la profundidad las rocas enfebrecidas de coral son constelaciones y el trazo de los peces nebulosa de fuego. La ola relampaguea y el abismo encandila. Se está muy bien en esta oscuridad tachonada de fulgores. No otra cosa es el mundo. No hay que regresar a la costa, cuya ilusoria seguridad terminará devorándonos.



TREGUA

Las sirenas anunciaron la tregua y bajamos al río desde lados opuestos. Bebimos y llenamos las cantimploras. Un momento nos quedamos sentados en el cauce que nos mojaba, pensando, aunque ninguno sabía que pensaba el otro. Había tiempo y me lavé la cara y hundí la cabeza y sentí un gran alivio. Luego sonó la primera sirena y sin hablarnos nos retiramos, mirándonos. Cuando la segunda sirena sonó disparé primero, y allí quedé tendido para siempre a la orilla del río que sigue pasando para siempre.

VENGANZA

Después de tantos años reencuentro a la que me ignoró completamente cuando muchacho y disfruto la venganza de verla vieja tan acabada tan arrugada. Ella no puede verme porque sólo el recuerdo hace visibles los fantasmas.

EL ORDEN EN LA BIBLIOTECA

En mi biblioteca sólo hay dos clases de libros: los que sé que tengo pero no aparecen, y los que aparecen sin que yo supiera que los tengo. No menciono volúmenes prestados de los cuales ninguno regresa. Nunca los declaro difuntos hasta que su cadáver no es desenterrado en una biblioteca ajena. Hay tomos insurgentes, que cogen el monte de las estanterías y burlan todo operativo de captura. Hay los fantasmas que se desvanecen. Hay los repetidos que compré dos veces por no saber dónde tenía guardado el mismo título, o por ignorar que a pesar del título distinto era el mismo libro. Están los tímidos, que la sirvienta deja con el lomo contra la pared y se resisten a revelar su identidad. Hay las ediciones solteronas o vírgenes que por su prestigio debemos frecuentar pero cuya sola vista acongoja. Hay la inmensa mayoría de la que no se puede decir ni bien ni mal y que nunca volveremos a tocar porque no siempre es puerta de la luz un libro abierto: puede ser ventana hacia el fastidio o fosa de un prestigio inventado por la crítica. Hay en fin los eternos, que no es necesario tener en la biblioteca porque os lleva uno en el alma como cicatrices. Si llego a poner orden en mi biblioteca lo pondré también en mi vida. Entonces todo habrá concluido.

Antonio López Ortega

PROSISTAS VENEZOLANOS

R
EVERSIBLE

Marie-Ange nunca ha existido. No existió nunca su cara, no se desbordó nunca el *rimmel* negro de sus ojos también negros, no fue baja su estatura. Nunca nos conocimos en un pasillo de la universidad de París y nunca supe que era divorciada y que tenía un hijo vivaz de diez años.

Su carro no era un Renault. El tren para ir a su casa no se tomaba en la Gare Saint-Lazare. No quedaba su apartamento en un segundo piso y nunca su habitación dio hacia un patio interior con flores.

Su cama nunca fue un colchón duro tirado en el suelo. Su ventana nunca se estremeció con la ventisca y la lluvia.

No probé su cuerpo. Nunca me extendí sobre esa superficie pálida, ansiosa, que me esperaba todos los viernes en la noche y no se rendía hasta el amanecer.

Nunca fui a un concierto de Genesis con su hijo: nunca nos emocionamos oyendo un solo de batería de Phil Collins.

No existió Marie-Ange. Existe en el recuerdo, incisivo, y el único que insiste en darle cuerpo soy yo.



R
AMO DE LIMÓN FLORIDO

Suele Alberto levantarse los domingos en la mañana y responder a extraños impulsos: aventurarse por cualquier carretera en busca de lo desconocido. Un domingo puede ser los morros de San Juan; otro, la población de Osma en el Litoral Central; otro más, San Francisco de Yare.

Maruja y los tres hijos le huyen. Conocen ya la rutina: horas y horas de calor para retener, en el mejor de los casos, la geología cavernosa de un morro. A veces, incluso, Alberto no se baja del carro; permanece en el vehículo como si este fuera una ventana al mundo, como si allí residiera el hogar propio y todo lo demás fuera estrictamente ajeno.

Esta vez se levanta y le pide a Maruja que lo acompañe al Litoral Central. No tiene una

idea fija: habla de bajar a Puerto Cruz desde la Colonia Tovar, de llegar hasta Naiquata, de recorrer La Sabana. Maruja, de inmediato, inventa una ida a cualquier museo, lo besa y lo abandona. De los niños, ni hablar: la mayor duerme (como todos los domingos), el segundo prepara un examen, el tercero se alista para irse a su juego de béisbol.

Alberto toma su desayuno a solas —miel en las panquecas, un café con leche cremoso— y se enrumba sin destino fijo: recorre la autopista del Este como un sonámbulo, se incrusta en el túnel Boquerón y la negrura le parece infinita, encara La Guaira y todo le resulta maloliente.

Llega al puerto y se detiene frente a la Casa Guipuzcoana. Baja la cabeza e intenta reconocer esa arquitectura colonial a través de la otra ventanilla lateral. Es inútil; nada lo retiene. Se devuelve. Gira el carro en una plazuela próxima y se enfrenta al mural de Cruz Diez. Vuelve a incrustarse el olor desagradable de La Guaira y comienza a derivar la vista hacia los edificios de Maiquetía.

No sabe por qué se desvía justo antes del comienzo de la autopista y baja por la rampa. Deja atrás el aeropuerto. Va aproximándose a Catia La Mar. Ve la planta eléctrica de Tocoa, la Escuela Naval de Mamo.

Nada lo impresiona mucho. No obstante, continúa. Trata de recordar algo, algún paseo con su padre siendo niño. No está seguro. De pronto, recuerda un nombre. Tarmas, sí, el pueblo de Tarmas. Ignora cómo llegar pero sabe que no debe estar lejos. Le pregunta a un fiscal de tránsito en Catia La Mar: el policía no le sabe indicar. “Subiendo —le dice—. Eso es subiendo”. Se detiene en una encrucijada: hay una bodega, niños correteando, un papagayo atrapado en un poste de luz. Se baja. Le pregunta al bodeguero. “Diez kilómetros más y luego subien-

do a la izquierda”, le contesta un hombre negro, bonachón.

Comienza a subir. El paisaje cambia. Deja de ser costero para convertirse en montañoso. El salitre ha desaparecido para dar paso a velos de neblina que se cruzan en la carretera. Todo se vuelve frondoso. Va recordando el paseo con el padre, reconstruyéndolo, pero le faltan detalles. Apenas juega con fragmentos: ve sus rodillitas en el asiento trasero, retiene un avioncito verde de hierro.

El paisaje lo va envolviendo. La ruta se hace larga y empinada. Árboles de altas copas borran el cielo; haces de luz cortan la travesía como focos cenitales. Ve pájaros vibrando en el aire cuando la camioneta corcovea. Acelera y el motor no responde. Se arrima al borde aprovechando el último empuje. Apaga el carro. Permanece sentado. Le cuesta tomar la decisión de bajarse. Piensa que no ha visto a nadie en el camino. Al fin, se baja. Ya de pie, lo recibe un envión de aire fresco.

Le gusta la sustancia que le envuelve la nariz: es un olor difícil de describir, mezcla de aire puro con frutas. Levanta el capo. Ve el orificio en la manguera: un chorro ligerísimo de vapor abandona el circuito de enfriamiento. Comienza a pensar qué hacer. Se queda allí, detenido, frente al carro, detallando el paisaje: lianas gruesas, guacharacas, un zumbido extraño, una ceiba colosal, abombada. A lo lejos, nítidos, manojos de orquídeas brotando del tronco de un samán. Baja los ojos. Ve que la carretera esta hecha de placas de cemento: los yerbajos crecen por entre las fisuras. Oye el chillido de la manguera, apagándose. Piensa si subir o bajar, si intentar llegar a Tarmas o regresarse a la intersección. No tiene idea de la distancia, de lo recorrido, de lo que falta por recorrer.

Abre la maleta: apenas una llave cruz, el caucho de repuesto. Busca un trapo, algún

pedazo de tela con el que hacerle un nudo a la manguera. Es inútil. Cierra la maleta. Vuelve a quedar de pie, absorto. Una guacharaca, nítida, inunda el espacio. Afina el oído y se deja llevar por un murmullo: algo como música, algo como un tambor apagado.

Comienza a caminar hacia arriba. Va contando las fisuras entre las placas. Se vuelve y ve el vehículo: le parece una pieza ridícula en medio de la montaña. La caminata le sienta bien: no apura el paso. Se arremanga las camisa, se mete las manos en los bolsillos. El paisaje se vuelve infinito: más árboles de copas altas, más lianas, hojas enormes que casi se le atraviesan en el camino. Por un momento, quiere regresar, emprender la bajada de vuelta hacia el carro e, incluso, más allá. Optar por algo conocido: una bomba de gasolina en Catia La Mar, algún mecánico de turno. Pero se deja llevar, se deja llevar por la inercia que lo empuja. El murmullo se va aclarando: música como envuelta en una vocinglería. De pronto, en una curva abrupta del camino, otra ceiba: gruesa, imponente, unívoca. Se siente disminuido, insignificante. La curva se abre hacia otro paraje que le demuestra cuán largo es aún el camino: la carretera va serpenteando en la falda de montañas sucesivas. A un extremo, arriba, donde la carretera parece desaparecer, ve algo como blancuzco, una casa quizás.

Se detiene nuevamente. Las mangas están mojadas; su pecho, sobresaltado. Ve una vereda, nítida, al borde de la carretera. Se aproxima. Ve cómo baja acortando camino y remonta luego al pie del punto blancuzco. No sabe qué hacer. Vacila. Ve hacia la vereda, hacia el cielo, hacia la carretera. Distingue un hilo de tierra aplanada en la vereda. Se adentra con temor, mirando hacia todos lados. Ve huellas: grandes, pequeñas, algu-



nas empozadas. De bajada, el camino le va pareciendo seguro, transitable. Extiende las manos y va apartando algunas ramas.

La vereda se va engordando, despejando. Llega como a un pequeño coto donde la vegetación se hace baja. Oye un rumor: agua fluyendo entre piedras, un río. La vereda se encharca: sus zapatos chapotean, levantan puntos de barro que se fijan en el pantalón. Ve tres piedras grandes, sólidas, en el paso del río. Se detiene: es un chorro de agua noble, salpicado de vegetación. Salta a la primera piedra, salta a la segunda. Intenta aterrizar en la tercera y su pie de desliza en la película de musgo. Cae de espaldas, en el medio del curso de agua. Su cabeza va a dar contra la segunda piedra; sus pies han quedado suspendidos en la tercera. El agua le baña todo el tronco: es una corriente fría, agradable. La mirada se le nubla: los objetos vibran, se le vuelven dobles. Cierra los ojos. Intenta abrirlos: todo sigue siendo doble. Un dolor lo paraliza: la cabeza le late; crece una puntada en la espalda. Permanece echado. Intenta incorporarse y el cuerpo no responde. Mira el cielo —doble—; las ramas —dobles—; el tronco espinoso de un jabillo —doble—. El agua le alivia el dolor de la espalda, lo narcoti-

za. Cierra y abre los ojos, indefinidamente. Piensa en su padre, en la lejana travesía. Sigue sin poder reunir los fragmentos: sus rodillitas, el avioncito verde, su cara apenas asomada a la ventanilla.

Otra guacharaca, nítida, y el bullicio lejano que se va haciendo musical. Comienza a asustarse; un llanto seco lo abandona. El agua corre por debajo y por encima de su cuerpo: la puede sentir con precisión. Un botón de su camisa sube y baja según el flujo del agua. Siente un cansancio, ganas de abandonarse, de dormir. Ve a Maruja en el museo, trata de imaginársela; ve a los niños. Vuelve a ver al padre como en nebulosas. Evita dormirse; sabe que no debe dejarse arrastrar por el sueño. Intenta, apenas, bajar la cabeza. El movimiento le causa un dolor central, agudo. Logra nivelar su cara con la superficie del agua: borbotones le pasan por entre los ojos, lo despiertan.

Se ve desde arriba. Es una sensación extraña pero se ve desde arriba, tirado, abandonado. Se ve doble, su cuerpo doble, incrustado en el curso del río. Despierta, despierta de lo que cree haber soñado. Siente que el bullicio se hace cercano: distingue ahora voces, tambores, melodías. Se alegra. Intenta como levantar los brazos. Los brazos responden, sí. Ve su palma, doble, frente a sus ojos: ve sus dos palmas. Quiere concentrarse, quiere evitar la deriva a la que todo lo invita. Halla una clave. Trata de concentrarse en el bullicio; sabe que la música, apenas distinguible, le ordena una secuencia, le reconstruye un pensamiento.

Se alegra de saber que la música se acerca. Trata de imaginarse la escena, trata de inventarse un origen para los tambores, para los cantos, para los maderos que golpean los troncos. De pronto, lo descubre; cae un chorro de agua en sus ojos y lo descubre. Es

una procesión, claro, y debe venir bajando por la carretera. Levanta las manos —su palma doble— en un ejercicio de saberse vivo, de improvisar alguna seña. Piensa en su padre; le vienen más fragmentos: el caserío de Tarmas, el aire de Tarmas, la fiesta de San Juan, el santo niño evolucionando por entre la multitud.

El dolor se vuelve grave, una lenta campanada de iglesia, una mordida que casi le llega al pecho. Busca la música con los oídos, la retiene. Deja que el golpeteo del tambor se confunda con su punzada, central, radical. Un embriagamiento lo va envolviendo. Todo lo funde y lo confunde: imágenes sucesivas de Maruja, los niños, el padre, el avioncito verde, la plaza central de Tarmas, la procesión, el santo niño, de nuevo Maruja, de nuevo su padre... Va siguiendo la melodía, va endulzándole los oídos. Todos los sonidos se suspenden —las guacharacas, el rumor omnipresente del río, las ramas que crujen— bajo la melodía. Supone que es una procesión, lo supone y no le importa acertar o no. Va durmiéndose en el medio de la melodía, va entregándose, cediendo todas sus fuerzas. Descifra los tambores, el traqueteo de los tambores, las voces femeninas. Quiere retener una frase, sí, una frase que ahora distingue, una nítida voz de mujer cantando "Tonto, Malembe, ramo de limón florido" mientras se abandona.

F E DE RATAS

Las ratas siempre abandonarían el barco porque el espíritu de un roedor debe permanecer en libertad. Una rata nunca se amolda a ningún yugo ni a ningún trabajo. Sólo le interesa roer la página que la contiene. La vida es breve: tener ratoncitos, devorar uno que otro queso, recorrer el jardín en las noches evitando a los búhos. No hay verdadera moral más allá de estos preceptos. Cuando le hablan de la ciega lealtad al deber, se dice a sí misma: "Si querían lealtad debieron comprarse un perro". Las ratas conocemos muy bien nuestro papel en la historia. Roer siempre las estructuras del poder. Morder la mano de quien nos alimenta.

F LORES NEGRAS

A Andrés Mejía

Esta ciudad está llena de gente sola. Me siento en una plaza de concreto donde se reúnen recogelatas, indigentes y vagos de oficio. De todos los vagos del planeta, los escritores son una clase muy especial. Husmean entre las patas de los perros callejeros; contemplan la miseria humana que cruza la calle como una herida abierta al mediodía, el autobús que arroja un humo oscuro sobre los pulmones, los ancianos que esperan el pago de su miserable pensión en la plaza bajo el sol. Los escritores viven como pueden, pero aún son capaces de reírse de la muerte que los sigue como su sombra. La idea es cómo hacer nacer una flor dentro de tanto excremento. Una flor negra para la muerte.



A BSTRACIÓN

Las arañas poseen infinidad de ojos que les permiten ver el mundo como es en realidad o como lo vería un pintor cubista. Todos los fragmentos unidos por un hilo de secreta seda que se endurece al contacto del aire. Pero las arañas no son artistas ni les interesa el mundo del arte. Se dedican, eso sí, a tejer sus minuciosas redes abstractas para capturar a las moscas imaginarias que habitan en sus sueños.

C IEGO

Hoy, cuando cruzaba una calle en el centro de la ciudad, vi a un ciego. Era un anciano de baja estatura y de pelo blanco que estaba parado al borde de la acera esperando que alguien lo ayudara a cruzar. Era extraño. La gente pasaba de un lado a otro, casi lo tropezaban, pero nadie parecía percatarse de la existencia del ciego. Podría afirmarse que los ciegos eran los otros. Al final, lo tomé por un brazo y lo ayudé a cruzar la calle, donde se quedó detenido en la acera contraria, esperando que alguien lo ayudara a cruzar de nuevo. Tal vez el juego era ése: cruzar la calle de un lado a otro como el río infinito de Heráclito. El ciego levantaba su rostro al cielo entre las dos grandes torres de concreto que ocultaban las nubes como a la espera de una señal de los dioses.

E

L SUEÑO DEL ROC

Hoy un animal intentó violarme mientras dormía. Pude escuchar sus pasos silenciosos cuando se acercó al borde de la cama y se abalanzó en un torbellino de plumas sobre mi cuerpo. En un principio pensé en la posibilidad de estar inmerso en un sueño, y que bastaría con abrir los ojos para hallarme de nuevo en la seguridad de la habitación, hasta que sentí un fuerte picotazo en la lengua y comencé a ahogarme con mi propia sangre.

Aquello intentaba chuparse mis entrañas. Olía a gallina muerta. En la oscuridad aquel extraño animal me lanzaba furiosos picotazos al rostro, que yo esquivaba más por instinto que por certeza. Un nuevo golpe rasgó la almohada. Sentía los brazos y el pecho cubiertos de sangre. Podía sentir su respiración y el mal aliento de la muerte flotando a un palmo de mi nariz. Continuamos luchando como dos gladiadores ciegos, hasta que —a través de un fuerte golpe— logré sacarle cierta ventaja a mi feroz oponente. Entonces huyó por la puerta en dirección a la cubierta, donde se escucharon gritos y ruidos de armas. El animal rodó, herido de muerte, por la escalera como un muñeco. Luego lanzó un grito en la oscuridad y se derrumbó sin vida. A la luz de las antorchas vimos al pequeño gorrión con los ojos inyectados en sangre. Su apariencia no era ya tan temible.



F

ÁBULA DEL CAMELLO INSOMNE

Los hombres llegaron a caballo cuando el sol no arrojaba ninguna sombra sobre la arena y la luz tenía la consistencia del oro derretido. Vestían con cierto lujo. En el turbante del más viejo refulgía un diamante del tamaño de un higo. Noé observó que en medio de los caballos —enjaezados lujosamente— traían atado a un viejo camello de pelo grisáceo con la nariz perforada por una argolla, de la que tiraba un esclavo tan flaco como el animal. El pobre animal había soportado con resignación todos los maltratos y abusos cometidos en su contra. Sobre la joroba del camello venía atado un pesado bulto, oculto bajo una lona grasienta.

Noé dejó a un lado el trabajo y les trajo agua a las bestias y a los hombres. Miró sus viejas ropas raídas y sintió un poco de vergüenza. El peor de los caballos vestía mejor que él. Luego se adelantó y haciendo a un lado el temor se atrevió a preguntar:

—¿En qué puedo ayudar a tan magníficos señores?

El más viejo de los hombres respondió:

—Hemos recorrido el desierto expuestos al hambre y a las tormentas de arena para hablar contigo. Sabemos que tu dios —quienquiera que éste sea— no permite la entrada de los ricos a su reino, y que prefiere hacerse acompañar por vagos y prostitutas, antes que por dignatarios. En alguna parte ha escrito esa estúpida frase de que “es más fácil hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja que un rico entrar al reino de los cielos”. Nos-

tros hemos venido hasta aquí para demostrar la pobreza y locura de tu dios.

Dicho esto, uno de los esclavos desató el bulto del lomo del camello y comenzó con rápidos movimientos a descubrir la lona sobre la arena. Al terminar quedó al descubierto una enorme aguja de varios metros, que necesitó ser movida por varios hombres.

—Tu dios nunca habló del tamaño de la aguja —dijo uno de los árabes, sonriendo maliciosamente.

—¡Traigan al camello! —finalizó.

Colocaron al animal frente al ojo de la aguja y lo ataron con una fuerte soga de la argolla. En el otro extremo un esclavo comenzó a tirar de la cuerda. El camello hundió las patas en la arena y no se movió. Otros esclavos se sumaron al primero, pero el animal se mantenía como clavado al piso. La sangre bajaba por la nariz desgarrada y formaba una mancha oscura en el pecho. Entonces lo golpearon con largas varas de bambú hasta que el camello se derrumbó en silencio sobre la arena manchada de sangre, sin proferir un solo quejido.

Los árabes se marcharon furiosos.

Noé se acercó al camello y comprobó que aún estaba con vida. Luego lo recogieron y llevaron al Arca. Allí lo curaron y con el paso del tiempo el camello volvió a ser el de antes. Los que lo conocían percibieron algunos cambios insignificantes en su conducta, como el de no acercarse a mujeres cuando cocían la ropa de los niños, o los sacos de forraje que en el pasado le fueron tan queridos.

De noche, cuando el insomnio no lo dejaba dormir, salía al desierto, y sin que nadie lo observara atravesaba —de un lado a otro— el ojo oxidado de la aguja que había quedado enterrado en la arena entre las tinieblas y la luna. Dios tampoco lo veía porque tenía el sueño muy pesado y el camello saltaba en silencio, sin hacer el menor ruido.

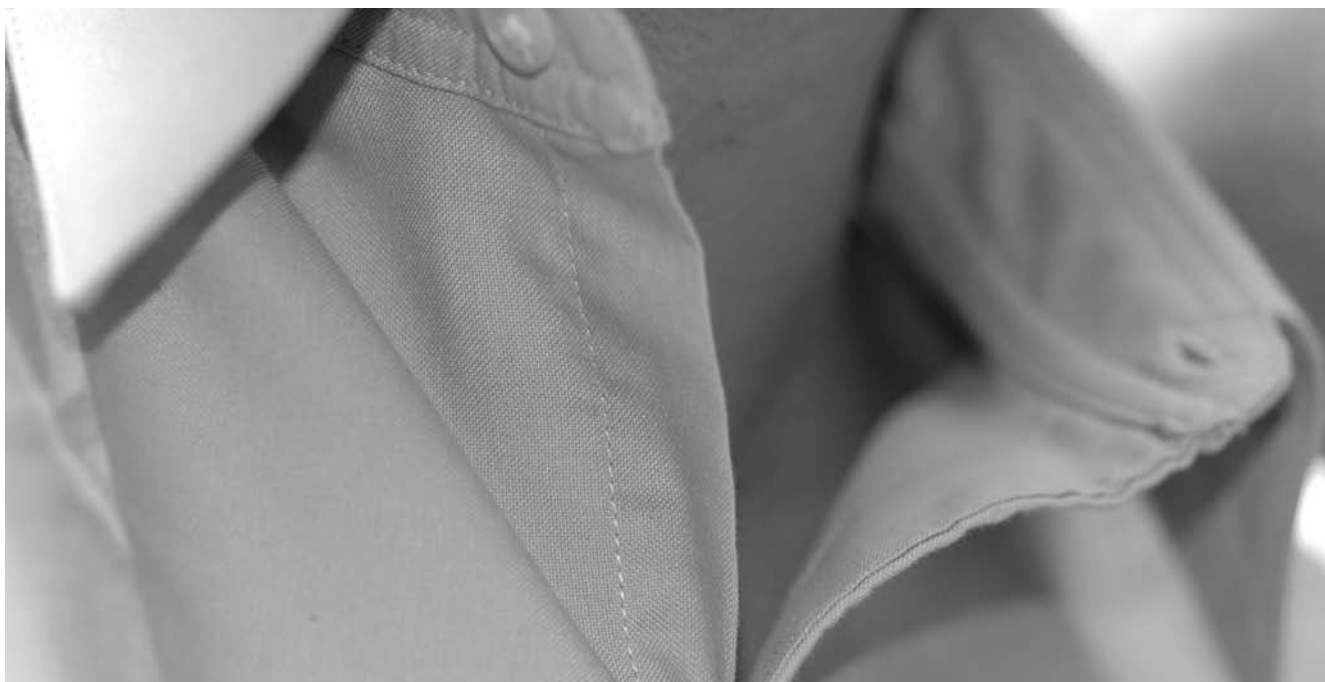
E L GAVILÁN

Hoy vi un gavián rondando la casa. Por el tamaño del cuerpo y la saturación del colorido, deduje que era macho. El gris azulado de la parte superior resplandecía. Quise ver la cola con sus cinco rayas negras, pero el gavián se alineó con el sol y resulté encandilado. Se detuvo en una rama. Creo que me observó. Parecía estar hambriento. Antes de reiniciar el vuelo y perderse de mi vista, emitió un chillido atemorizante.

Hoy un hombre me confesó la autoría de un hecho abominable. Conocí a ese hombre hace varios meses, en lugares poco frecuentados por gente laboriosa y que tienen que ver más con el bochorno solitario que con la placidez comunitaria. Era mediodía, cuando tomé rumbo hacia el pantano. Durante el trayecto, fui víctima del sopor propio de esas horas y de un encuentro súbito. Un hombre, joven y desgarbado, que llevaba alrededor del cuello un pañuelo de hierbas que alguna vez tuvo colores, me tropezó; hizo adornos torpes y excesivos para solicitar mi comprensión por el accidente, y continuó su camino, dejando el ambiente impregnado de ese

aroma típico en quienes transcurren la mañana consumiendo alcohol. Giraba sobre sí mismo, de vez en cuando. Balbuceaba algo que yo no lograba captar y realizaba gestos que igual podían ser de renovadas disculpas o de desconocidas amenazas. Su cara no me era extraña, pero tampoco pertenecía a la de ninguna de mis amistades. El pañuelo ennegrecido atraía mi atención en cada nuevo giro de aquel joven. Sonreí. Uno de esos borrachos empedernidos que a veces observamos por estos lugares. Me interné en el pantano. Caminé un buen tiempo, sin rumbo fijo. Miraba, de cuando en cuando, las ramas de los árboles. Todo parecía tranquilo y solitario, pero pronto me vi ante una figura que me sobresaltó.

La figura pertenecía a un hombre entrado en años, pero fuerte, lleno de vigor. Rápidamente entablamos una conversación: y presentí, por ella, que se trataba de alguien asombroso, digno de acciones inesperadas. Me dijo aquella vez, mientras atrapaba insectos en las ciénagas límites de la ciudad, que cometíamos una injusticia, quizá de pre-



potencia, con esos oficiosos y metódicos invertebrados, al referirnos a ellos como una fauna sin piedad que sólo vive para clausurar la vida de otros. Si es exacta, aunque cada vez existen mayores razones para dudar de ello —razonó—; si es cierta aquella visión que coloca al hombre en la cima, por su grado de evolución y capacidad de raciocinio, no dude usted de que en cualquier momento —y ya puede ser ese momento— alguna otra raza logre estadios superiores a los nuestros y nos mire con la misma impudicia con que observamos a los insectos. Pero sus razones serían superiores a las nuestras, sin embargo; porque un insecto es transparente en sus acciones, mientras que el hombre hace lo imposible por enmascararlas. Observe este ortóptero, comedor insaciable... Me habló de las propiedades del insecto, de su orden imperturbable, de sus maneras límpidas. Nada me dijo sobre una de sus máscaras: el mimetismo. Se lo advertí. Eso lo hace para sobrevivir, fue su respuesta. Eso quiere decir que él también engaña, dije. Pero no para

esconder una acción prohibida; sólo para sobrevivir —insistió.

Después hablamos del pantano. A una pregunta suya, respondí que pocas veces me acercaba a ese sitio; y que, cuando lo hacía, era con el sólo propósito de ver algún gavilán. No, respondí nuevamente; no tengo conocimientos especiales sobre ese animal. Lo único que me atrae es su figura, su soledad, y la certeza de que lo estamos alejando de nuestro entorno. Cada día, tiene menos espacio. Ahora, con suerte logro verlo algunas veces en este pantano. Debe tener cuidado, me dijo. Aunque en muy poco número, aún el pantano alberga algún emidosaurio. Le aseguré mi desconocimiento al respecto. Hice un gesto que puede leerse como de extrañeza. ¡Tan cerca de la ciudad!

Supuse que nuestra conversación regresaría a los insectos, ahora que estábamos en una zona menos anegadiza, cubierta por árboles con formas objetables, y donde no es frecuente observar objetos abandonados: algún trapo viejo y ennegrecido, por

ejemplo, que en las partes acuosas suelen flotar, envueltos en silencio, como testigos mudos de otros tiempos y como señales de pasados ocultos. Yo, ciertamente, tuve a mi vista un objeto así cuando estábamos en la otra zona, pero la nutrida conversación del hombre y su rotunda advertencia, hizo que lo descuidara y hundiera en la memoria... El hombre atrapó un coleóptero. Un homenaje a Poe, susurró. ¡Ah!, el de los crímenes perfectos. No, nada de eso, dijo. Poe fue siempre tan humano, que aún sus mejores asesinatos pueden desenmascarse. Poe es un homenaje a nuestro género, a su perturbación eterna, a su imposibilidad. Todos estamos retratados en ese alcohólico. Ese buscador de perfecciones es un espejo de nuestra derrota. Espejo sublime, es verdad; pero, por eso mismo, espejo aterrador que refleja engrandecido el drama de la existencia. También es cierto —y esto usted lo sabe— que gracias a ese drama está la creación, la búsqueda del absoluto, la muerte. Sugerí, casi con temor, que alguna página de Poe podría esconder el crimen perfecto. Quizá, pero tengo mis dudas. Siempre habrá una máscara que se pueda quitar. ¿Hasta en “La barrica del amontillado”?, pregunté con sorpresa. Allí, respondió, la perfección radica en el descuido y en la soberbia. Es cierto que voy a salirme de las páginas de Poe, y que voy a solicitarle al lector una dependencia menos cómplice de la circular perfección del relato —lo que puede resultar una locura; porque, finalmente, el mundo debe estar en ese breve texto—. Pero, dígame: ¿cree usted que nadie pudo ver a esos dos hombres, cuando se dirigían al palacio? Estaban disfrazados, es verdad; pero, ¿estaban irreconocibles? No lo estaban tanto, cuando uno de ellos reconoció al otro. La perfección, insisto, viene de la



soberbia de uno de ellos y del descuido de todos los demás. Esto no es, por supuesto, una negación de Poe. Por el contrario, es un elogio a su conocimiento de la naturaleza humana. Somos descuidados. Vemos menos de lo que está a nuestro alrededor. Usted comete un grave descuido, al venir a este pantano sin tener en cuenta que puede encontrarse con un emidosaurio. Yo lo cometo, también, al hablarle de todo esto, de los insectos, de la naturaleza humana, de Poe, sin siquiera conocerlo.

Nuestra conversación decayó, en este punto. Nos presentamos, formalmente. Nos dimos las señas de nuestras casas. Quedamos en visitarnos, algún día. El atardecer nos separó, aquella vez, pero no antes de advertirme mi entomólogo cazador, que nuestro planeta es la inmensa gavia donde nos devoramos.

Hoy, como dije, un gavián se acercó a la casa. Parecía hambriento. El cazador, también se acercó. Habló del encuentro anterior; del ortóptero, que se enmascara para sobrevivir; de la soberbia; de la imperfección; de Poe, el drama mayor. Me habló del descuido y del emidosaurio.

—Aquella vez, cuando nos encontramos, acababa de cometer un crimen —dijo en voz baja, confidente.

—Imposible, le contesté; yo estaba allí, yo no vi nada.

—No vio porque no quiso ver, pero a pocos pasos suyos estaba un hombre ahogado.

—¿Usted lo ahogó?

—No exactamente. Yo pude salvarlo, pero nada hice en su favor. Era uno de esos borrachos que se acercan al pantano de vez en cuando. Cayó en una zona profunda. Pidió auxilio. Nos vimos. No quise tenderle la mano, para salvarlo. Como ve, he cometido un crimen.

—Pero, a usted lo descubrirán. Vendrá una investigación. La verdad se sabrá, tarde o temprano. Usted se ha comportado de una manera muy poco humana. Eso tendrá su castigo.

—¿Muy poco humana? ¿Está seguro? ¿Acaso el hombre se comporta de otra manera? Déjese de boberías. Todos actuamos igual. Nadie pierde la oportunidad de cometer algún disparate; y menos cuando le puede deparar beneficios.

—¿De qué habla usted? ¿Está loco? ¿Qué beneficios...?

—La perfección, el reconocimiento... Todos buscamos lo mismo...

—Ah, ya entiendo. Su crimen fue perfecto, eso cree. Pero, está el cadáver... estoy yo.

—¿Recuerda el emidosaurio? Lo más probable es que ya no exista ningún vestigio de ese hombre. Y si existiera, nadie podría ligarme con su muerte. Y si usted habla, nadie podría probarme culpa alguna. El azar me permitió participar de un crimen excelente, aunque no perfecto, por el mismo grano de azar, que le quita valor. Se lo he contado, porque necesito una memoria. Yo sé que nada dirá, porque no tiene pruebas y porque la víctima fue un infeliz cuya desaparición nadie va a notar. Sólo necesito que usted sepa lo que yo hice. Carezco de la silenciosa elegancia del insecto.

Entonces tuve un estremecimiento y la imagen de un objeto flotando subió a la superficie de mi memoria.

—Señor, lo desprecio, no quiero verlo nunca más. Váyase de mi casa... Pero antes dígame, ¿cómo era ese hombre?, ¿dónde estaba el cadáver, que no logré mirarlo?

—Era joven, lucía un pañuelo muy sucio, que flotaba en el agua cuando usted me encontró... Ya se lo dije, estaba a muy pocos pasos suyos, entre el agua y el lodo. Somos descuidados. Casi nunca vemos lo que nos rodea; y cuando lo hacemos, dejamos pasar sus señales más evidentes. Eso es todo.

El hombre se marchó. Quedé con una extraña sensación de vacío e impotencia. Fui a la nevera y corté un trozo de carne cruda. Salí al patio de la casa. Coloqué la carne donde pudiera ser descubierta por el gavián. Ahora, sin entender por qué, necesitaba darle caza.

Amantes

PROSISTAS VENEZOLANOS

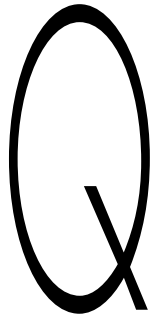
Milagros Mata Gil



Sí, hubo épocas, estoy seguro que tú sabes,
cuando mordí más de lo que podía masticar
Pero con todo, cuando tuve dudas,
comí lo que pude, y escupí lo que no,
enfrenté erguido las consecuencias
y todo lo hice a mi manera.

Amé, reí y grité, tuve mis caídas,
Mi cuota de ganancias,
Mi parte de pérdidas,
Y ahora, todo se desploma, como desgarrado
Por alguna catástrofe
Y encuentro que es muy divertido,
Pensar que yo, solamente yo,
me hice todo eso
Y puedo decir, sin temores,
y sin justificaciones,
que yo lo hice a mi manera.

"My way", Anónimo (versión)



QUERIDA HIJA:

11 de junio

Decidí escribirte esta carta, porque nadie más podrá contarte mi vida, es decir, los amantes que han pasado por mi vida, los amores que he olvidado y los que no, con la misma veracidad que yo, la protagonista dellos, la cómplice dellos.

Es posible que otros intenten contarte verdades verosímiles. Pero la única que puede tener certeza física y metafísica de lo que realmente pasó en todos esos lechos, en todos esos sufrimientos, en todas esas batallas, soy yo misma. Y, en verdad no voy a justificarme, pero tampoco puedo aceptar que te digan otra vez, como tantas veces te lo han dicho, que fui una mujer promiscua, por decir lo menos: una puta, por decir lo más, por el único hecho de que descubrí que el cuerpo era disfrutable y que el corazón podía ser roto de una u otra parte: por curiosidad intelectual: por un químico instinto: por diversión a veces: o por esos 21 gramos que se pierden a la hora de la muerte y que

algunos llaman, si quieren llamarlo de alguna forma, *el alma*.

Voy a utilizar, hija, muchas citas de canciones en esta carta, porque mis amores y mis amantes estuvieron signados cada uno de ellos por esas letras, por esos ritmos, que estaban allí, y que reflejan la historia, las historias. Y no me voy a apenar de ciertas confesiones que, se supone, las hijas no deberían saber, porque ¿a qué fin arrepentirse de lo que uno vivió? ¿Por qué desligarse de las responsabilidades que asumió, si todo lo hizo uno, en su momento, porque quiso, y, perfectamente, a su manera?

No sé si comenzar por aquella perfecta inocencia que me rodeó hasta los catorce o quince años. Como cualquier muchacha de mi época y de mi edad, acostumbraba a salir con otras muchachas, y a reírnos de los piropos, mientras comíamos helados de barquilla en las esquinas, o íbamos al cine los domingos, o íbamos a fiestas de compañeros de clase, donde cada uno aportaba algo. Quizá mi inocencia no era tan perfecta como las de ellas: Yasmine, Violeta, Yajaira Rojas, Mercedes la de la esquina, las hermanas García, mi prima Ana Julia, cuando iba de vacaciones a la Angostura, porque yo procuraba no mezclar en absoluto, por instinto más que por otra cosa, esos gestos, esos actos de la juventud, con mis incipientes, entonces muy incipientes, intereses y tareas políticas. Pero eso es otro tipo de pérdida de inocencia, que si bien implica la mordida del fruto en el Jardín del Edén, no tiene nada que ver con el uso y disfrute del cuerpo carnal como tal, don de Dios como lo asumí.

Veo las fotografías de esa época y destacan los ojos: vívidos, absolutamente libres de tristeza. Supongo que había en esa mirada, tan ávida, que dicen que tiene ahora mi nieta mayor (y que conste: lo dicen con

preocupación) una enorme curiosidad por el mundo. Pero mi mundo, fuera de esas salidas con amigas y el trasiego Liceo-Casa-Biblioteca-Plaza Bolívar-Paseo del Orinoco, se enriquecía y se desenvolvía en todo lo fantástico y mágico que planteaban los libros. En los libros encontré esas amantes grandiosas y trágicas, como Emma Bovary, por ejemplo. O como Anna Karenina. O las heroínas de Sade y de Petronio. En los libros aprendí una lección quizá equivocada, pero que nadie corrigió: que en cosas de amores, la frontera entre el Bien y el Mal, entre el Placer y la Perversidad, es muy permeable.

No creo que me entiendas, tú, que escogiste una vida tan distinta, dedicarte en cuerpo, alma, espíritu y materia, al servicio de Dios. Y, sí, tal vez me entiendas, porque para mí ese cuerpo que aún era virgen en el más amplio sentido de la palabra, fue también un llamado, un ministerio: yo sentí que era *mujer* para muchas cosas e incluí entre ellas el servir de objeto de deseo y de placer a un hombre. Pero también pensé en aquellos tiempos que la condición femenina significaba en vivo eso de la transformación de la materia: *en las cosas del arte y de la naturaleza, nada se pierde, nada se crea: todo se transforma*. Y la feminidad era la máquina natural de transformación que Algo, quizá Dios, había puesto en la tierra para que la especie de transformara y se conservara. Eso pasaba, quiero ratificarlo, por la complacencia y el placer que se tenía que dar a los hombres. El placer como obligación ética.

Y no digo a *un hombre*, porque en verdad yo no sabía si era a ése que me acompañaría por el resto de mi vida, y con el que uno sueña casarse de blanco y demás. O a muchos, entre los cuales, *proteica*, me dispersaría, entregándoles de mí sin tomar de ellos sino poco, tú sabes, muy poco en verdad. Y al principio

eso no incluía la noción de *amor*, sentimiento que me parecía una invención para justificar con palabras hermosas todo lo demás, que era fisiológico, biológico y, a veces, escatológico. Y pienso que quizá había leído demasiado Platón demasiado joven para tener esas ideas que, obviamente, nunca comenté.

De todas formas, hija, es mi obligación decirte que los cínicos y los moralistas están de acuerdo en incluir las voluptuosidades del amor entre los goces llamados groseros, entre el placer de beber y el de comer, y a la vez, puesto que están seguros de que podemos pasarnos sin ellos, los declaran menos indispensables que aquellos goces. De un moralista espero cualquier cosa, pero me asombra que un cínico pueda engañarse así. Pongamos que unos y otros temen a sus demonios, ya sea porque luchan contra ellos o se abandonan, o que tratan de rebajar su placer buscando privarlo de su fuerza casi terrible ante la cual sucumben, y del extraño misterio en el que se pierden. Creeré en esa asimilación del amor a los goces puramente físicos (suponiendo que existan como tales) el día en que haya visto a un gastrónomo llorar de deleite ante su plato favorito, como un amante sobre un hombre amado.

De todos nuestros juegos, porque somos seres lúdicos, el amor es el único que amenaza trastornar el alma y el raciocinio, y el único donde el jugador se abandona por fuerza al delirio del cuerpo. No es indispensable que el bebedor abdique de su razón, pero el amante que conserva la suya no obedece del todo a su dios. La abstinencia o el exceso comprometen al hombre solo. Pero salvo en el caso de Diógenes, cuyas limitaciones y cuya razonable aceptación de lo peor se advierten por sí mismas, todo movimiento sensual nos pone en presencia del Otro, nos implica en las exigencias y las servidumbres

de la elección. No sé de nada donde lo humano se resuelva por razones más simples y más ineluctables, donde el objeto elegido sea pesado con más exactitud en su peso bruto de delicias, donde el buscador de verdades tenga mayor probabilidad de juzgar la criatura desnuda. Partiendo de un despojamiento que iguala el de la muerte, de una humildad que excede la de la derrota y la plegaria, me maravillo de ver establecerse cada vez la complejidad de las negativas, las responsabilidades, los dones, las tristes confesiones, las frágiles mentiras, los apasionados compromisos entre mis placeres y los del Otro, tantos vínculos irrompibles y que, sin embargo, se desatan tan pronto.

El juego misterioso que va del amor a un cuerpo al amor de una persona me ha parecido lo bastante bello como para consagrarle parte de mi vida. Las palabras engañan, puesto que la palabra placer abarca realidades contradictorias, comporta a la vez las nociones de tibieza, dulzura, intimidad de los cuerpos, y las de violencia, agonía y grito. La obscena frasecita de Posidonio sobre el frote de dos parcelas de carne no define el fenómeno del amor, así como la cuerda rozada por el dedo no explica el milagro infinito de los sonidos. Esa frase no insulta a la voluptuosidad sino a la carne misma, ese instrumento de músculos, sangre y epidermis, esa nube roja cuyo relámpago es el alma.

Tu abuela no contribuyó a que yo cambiara en mucho mi visión de los hechos: me habló de su matrimonio por conveniencia con tu abuelo: porque deseaba tener un hijo y que éste no fuera bastardo. Es decir, tu abuelo fue un surtidor de semen para ella. Y nada más. Y luego, como consecuencia, fue el proveedor. Inclusive me contó cómo ella lo obligó de alguna forma, imagino que encaramándose encima de él con todo su peso

y esperando que su debilidad lo dominara y eyaculara bien adentro de su vagina ansiosa de maternidades, para concebir a mi hermana. Porque en mi caso, como que fue distinto, y aún sin amor, ambos buscaron el mismo objetivo, es decir, la niñita que nació envuelta en pañales de gasa: un poco flacucha tal vez, pero era una niñita, hija legítima, además, presentada con honores en la Parroquia de Las Mercedes, que en aquel tiempo debía ser un espacio ciudadano más amable que lo que es ahora. Y bautizada, también con honores, en la Iglesia de Santa Teresa, con el mismo ropón que usó mi hermana tres años después y que usaste tú y que ya no usará nadie, porque se perdió en alguna debacle familiar que no recuerdo. Mi madre jamás me habló de placeres y orgasmos, así que pienso que por pudor o por ignorancia, omitió iniciarme en el conocimiento normal de que estamos hechos para disfrutar de los sentidos en ciertos momentos, y por ende, somos más que animales de cría, concepto en el cual yo estaba muy, pero muy clara.

No entraban dentro de mis objetivos la boda de revista *Vanidades*, ni nada de eso. A los quince años, celebrados en los salones de La Cumbre, con mesas adornadas con rosas blancas y rosadas, y todo estaba decorado en aquellos tonos, por decisión, como siempre, de mi madre y de mi madrina Carmen Sarabia, me preocupaba más la poesía de Neruda y la visión del río y el conocimiento de las historias de las casas sagradas de Angostura, y el conocimiento de mi propia historia y el deseo de transformar el mundo. Es decir, en algo más justo. No pensaba mucho en si la justicia y la libertad eran, o no eran, en algún momento conflictivas para aplicarlas en una misma sociedad. Mi libertad era algo sin negociaciones y sin discusiones. Por eso, un año después, en 1967, me gradué de Bachiller

Mercantil, y enfrentándome a toda oposición familiar, decidí irme a Caracas para seguir mis estudios. Lejos, por fin, de la influencia apabullante de mi familia.

Mis exámenes finales fueron, como era costumbre en aquellos días, en julio del 67. Todo ese año había yo ido profundizando mi compromiso político con lo que quedaba de guerrilla entonces y con lo que se estaba formando a partir de un Partido Comunista muy debilitado por esa falacia conceptual que fue la guerrilla que ellos promovieron. Creo que todos estábamos en una etapa de transición, que acentuó la Primavera de Praga. Creo que mi padre planteó la posibilidad de enviarme a Nottinghamshire, o quizá a Trinidad, y que mi madre desechó esa posibilidad, aduciendo, entre otras, razones económicas. Eso jamás lo discutieron en mi presencia. Por otra parte, mi madre estaba desolada por la muerte de mi madrina Carmen Sarabia, quien había sido su apoyo y su ayuda durante tantos y tantos y tantos eventos de su biografía personal. Así que mi padre consintió, después de delicadísimas negociaciones donde hasta mis profesores intervinieron, en que yo me fuera a vivir a Caracas, a la casa de mi tía Victoria, hermana de mi madre y madre de mi prima Ana Julia, lo que parecía una buena idea. Mi tía tenía dos hijas y tres hijos, uno de ellos exactamente de mi edad, pero sin mi formación, ni mis estudios, ni mi cultura. Es decir, un primo de esos que es primo, claro, pero desconocido. Esos primos sirven con frecuencia para que uno se forje ilusiones y hasta se establezcan las iniciaciones sexuales. Pero no funcionó así en este caso, en parte porque entre mi primo y yo había océanos de códigos distintos. Y en parte porque pocos meses antes de irme, en el mes de agosto de aquel año del Señor de 1967, conocí al que sería (¿al que es?) el primer y gran amor de mi vida.

Oh, sí. Porque yo había tenido un noviecito, Jorge López se llamaba, que vivía frente a mi casa y con el cual me carteaba regularmente, vía correo-de-mi-hermana. Jamás salimos solos a ninguna parte: nos atisbábamos de romanilla a romanilla todos los atardeceres y nos veíamos los domingos en la iglesia, durante la misa. Yo me sentaba adelante, con las Hijas de María, vestidita de blanco y con una cinta azul claro y la medalla de una virgen que sería quizá la Inmaculada Concepción, o quizá la Virgen Milagrosa. Y él se sentaba atrás, con sus padres y sus hermanos numerosos. De todas maneras, tanto su familia como la mía veían con buena voluntad esos amores, esperaban que crecieran y fructificaran, porque ambos éramos buenos estudiantes, buenos muchachos y de buena familia. Y yo conservaba aquel noviecito, a pesar de que tenía el terrible defecto de no saber bailar, porque hubiera sido difícil no tener un novio del cual hablar con mis amigas, digo yo. Y eso, aunque no recuerdo hoy su cara. No lo reconocería si pasara a mi lado. No me produce ningún ardor su recuerdo. Sus manos quizá me rozaron algún día, no lo sé. Sus cartas desaparecieron en alguna de mis limpiezas neurasténicas y no volví a saber de él, ni de los suyos.

Así que en eso andaba, con un novio de papel y poemitas trasplantados, con varios pretendientes que ansiaban ver más sumisa mi mirada de animal sin domesticar y en vísperas de irme de la casa, lo que me producía una excitación mucho mayor, cuando vine a conocer a ese otro hombre, ese muchachito igual que yo.

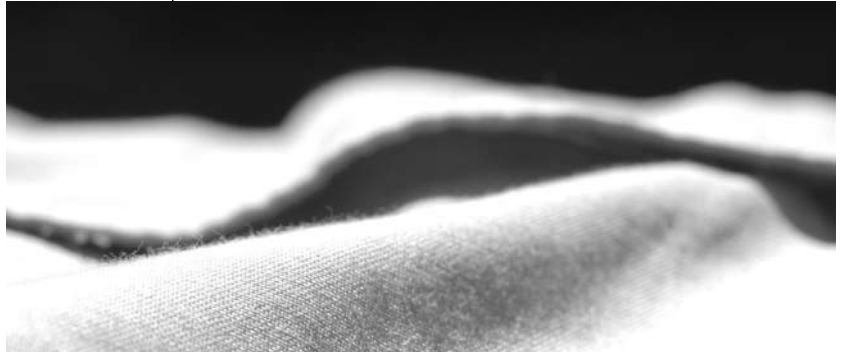
Y él era tan hermoso entonces, tan lleno de la amargura de un poeta maldito, tan irónico, tan escaldado por una vida que yo no conocía, una vida de pobreza con un padre presente pero ausente, y una madre sujeta

a los vaivenes del odio y del amor, y se me enfrentó de una manera tan inusual para mí, me retó de una manera tan inusual, me apabulló en las discusiones que manteníamos en los secretos recintos donde hablábamos de política, me sometió, cuando se veía comprometido, con argumentos basados en la disciplina y el respeto debido a los superiores, que los comunistas me habían inculcado muy bien, que no tuve más remedio que odiarlo apasionadamente, a la vez que me atraía y me atraía.

Sin embargo, había una condición allí: la Juventud Comunista prohibía de manera expresa que sus miembros tuvieran relaciones amorosas. Y aunque eso no parecía estar planteado, porque éramos más bien espada-chines finos enfrentados en un combate singular, la situación era extraña y difícil. Nos atraíamos y nos repelíamos consciente e inconscientemente. Cada uno mantenía sitiado su territorio existencial y dejaba sólo huecos pequeños para una comunicación más restringida que la del ojo de la aguja que menciona la Biblia.

De todas maneras —eso pensé— esto no va para ninguna parte. Yo me iré dentro de unos días de esta ciudad y con las novedades y demás, para diciembre lo habré olvidado.

[Voy a dejar esta carta hasta aquí, por ahora. Me cansa mucho recordar].



SERES EXTINTOS

A Roberto Colantoni

Unas hojillas, de hojita y no de sangre, amarillas ellas, eran arrastradas por el viento como el peinado de esmero puesto, horquillas y demás. Ahora, todo el pelo parado, un desastre. El viento, pensé, cuando sopla el viento. Hace tiempo que no ocurre y los ojos quieren apresar tensa la imagen nuevamente. A ver, enfoquemos. El aviso de Astor Rojo tembló y era el viento, el arrase del sopli-do transparente que engarza tantas y tantas metáforas y otros tantos y tantos símiles. Una tortura pensar en lo que el hombre ha hecho, otra equiparable pensar en lo que ha dicho. Y no sé por qué me antojo de hablar del viento, no hay nada nuevo qué decir, acaso sea preferible hacerlo de un tubo de escape. ¿Poco ecológico? El instante detenido por el pálpito menguante que reproduce el viento en la retina subiendo por Los Ruices. “Nada

bucólico”. En fin, las cosas pasan cuando pasan y punto. He atendido largamente por aquello que espero, sin culminación; y si lo deseo, bueno, el asunto, además del ansia que lo envejece a uno, se torna y no china sino en español, es decir, que usted lo entiende todo, entiende que eso, su deseo, se pone reacio, “inasible”, y podemos dejar irnos en los suspiros agónicos del esfuerzo vano o aceptar simplemente que lo mejor —hay que educarse a sí mismo, ejercer la voluntad— pero lo mejor es no desear. Enfriar el globo visor y adquirir de la imagen la distancia que, si prevalecemos, puede hacerla divina y entonces, Oh, éxtasis, hemos llegado a la contemplación. Tus ojos amor mío, lejanos, lo sé, pero tus ojos, no hay nada como tus ojos...

Abro de inmediato la ventanilla del carro. La cuestión se pone interesante. Y asomo un poco la cabeza, un poco solamente, estamos

viviendo unos días en los que, de un momento a otro, va a empezar una cortadera de cabezas y quién sabe, es bueno ir con cautela. Pongo lo justo: un cuarto de mi frente, otro tanto de mis cabellos, la mejilla recostada del hombro, y allí, en el retrovisor, contemplo como el viento acaricia (y qué más vamos a decir, toca, suscita, moldea, roza, suavemente, frescamente, el viento del mediodía atraviesa el rostro), el viento lleno de polvo en esta ciudad (que vaya usted a saber cuándo vamos a utilizar gasolina sin plomo), el aire caliente del sol a pique, brillante, y el humo que aún se distingue del viento. Cierro los ojos, me arden. Ya ni siquiera el viento es una imagen para la evocación. No huele a anís ni a jazmín por las tardes, ni a sequedad en agosto, ni a tierra húmeda en invierno. Toso. No tengo más alternativa, cierro la ventana, gradúo mi aire acondicionado. Es absurdo hablar del viento, del vientecillo y las hojas ocreas secas delirantes, revoloteando.

Pongo la radio, Mozart me deja entender que volveremos a intentarlo. Volveremos a hablar del viento y sus caricias redundantes. Y puede ser que al final lo consigamos y lleguemos al Bosque. Solos, ante lo verde, seremos, cuando suceda, unos seres extintos.

P ASO A PASO

Adónde irán a llegar mis pies, mis pobres pies desconchados, llagosos, malolientes. Mis pobres pies y sus uñas levantadas. Esta tarea imposible por suspender el deterioro

de mi cuerpo, por detenerlo un instante; a veces logro, tras una larga labor, que queden limpios, limadas las uñas, disimuladas las imperfecciones, encubierta su presencia, su aliento horrendo, pero allí, pésele a quien le pese, están los hongos de mis pies.

Ya no me pregunto cómo vencerlos, apenas logro combatirlos, defender los territorios sanos de mis pobres pies invadidos por esta plaga perpetua e inextinguible. Lo intenté, lo juro. Seguí paso a paso, las instrucciones del médico, compré antimicóticos, sequé y enjuagué muy bien mis pies a diario, también compré una piedra pómez y trato de usar medias. Hice todo lo posible, pero cada vez que dejaba de untarme la crema, a los dos o tres días, volvían, regresaban allí, con más reciedumbre, los hongos de mis pies, su huella, las espantosas consecuencias de padecerlos.

Soy una mujer joven y según mis allegados muy atractiva. Todo mi cuerpo es immaculado, mi piel tersa con su cremita de costumbre, mis codos limpios y cepillados, mis manos correctas. Todo el cuerpo, mis axilas bien afeitadas, suaves y con su desodorante extra. No hay legañas en mis ojos y, a pesar de ser alérgica, mi nariz jamás ha mostrado sus verdades en público, nunca un moco de mi nariz, fuera de aquellos que en la oscuridad pego bajo mi mesita de noche. Pero de eso nadie se entera.

Yo moriré con los zapatos puestos, por más que me lo suplique, al final, ya atosigada de tanto y tanto arrebató, le diré que muy bien, hagamos el amor y lo que tú quieras, pero yo con mis zapatos: mostrar lo otro, esa posesión satánica de mis pobres pies, sería perderlo para siempre. Entiéndeme amor, lo hago por nosotros, por la palabra felicidad.

U N FUGITIVO



Si estos espacios estuviesen escritos para alguien, las cosas serían más fáciles. Pero el buzón de mi correspondencia está vacío. Escribir cartas me cuesta mucho. Y cartas para la posteridad; mucho más.

Por las noches me asalta el miedo de que vivirá marginada. Me he acomodado a la idea, y es un fin como cualquier otro. Claro, quedan mis libros, huérfanos, sin lectores, sin realidad.

Pronto despierto o me duermo y la ilusión cotidiana, el ritmo inapelable de otro sueño, me invade y hago ausencia de mí, hasta que los recursos de la memoria vuelven a traerme a esta casa. Donde no estás.

Eso me produce alivio y también desolación. Así que entiendo que ha llegado la hora de trabajar. Imagino historias superfluas en contenidos abstractos, como la vida última encerrada en esta ciudad colapso. Sus vitrinas empobrecidas, su movilidad rebullendo. Me hago cargo de los rostros y los concentro en algún inútil prototipo de mi prosa:

Carlos termina de afeitarse, cumple el rito meticulosamente, el agua caliente, la brocha, la hojilla chillante. La rasuradora hacía surcos en su rostro. Ese rostro tan amado. Luego se viste y, en la medida de lo posible, cultiva los detalles.

Busca un destino en la calle. Tomará un jugo en la panadería, a veces se encuentra con alguien. Pide tostadas con mantequilla como si estuviese en Madrid. El cuchillo que le traen le parece demasiado largo. Tentador. Repasa su filo, lo unta en la mantequilla y empieza a expandirlo sobre la tostada como una amenaza. Así le haría el amor, destrozándola, raspándole la piel, quitándole los cabellos. Sería una muerte si en sus manos estuviese. La chica del mostrador coloca el café junto al jugo de naranja y lo hace parpadear. El joven Carlos ajusta sus gafas a los ojos quebradizos y rojos. Pide la cuenta, y se va.

—Un momento —le digo consternada, ya sola ante su ausencia—. ¡Pero si ni siquiera hemos hablado!...

ERNESTO, SEGUNDA MITAD DE LOS AÑOS SESENTA).

Despertó con un sobresalto. El ruido grueso de la avalancha continuaba en su oído, sólo que no había montañas ni despeñaderos ni cauces a su alrededor. La lluvia había cesado horas atrás pero el torrente había entrado junto a él en el sueño y todavía continuaba allí, mimado por el lecho de musgo, fluyendo como un manantial que, a despecho de su irrealidad, lo recubría con la humedad y el sonido acuático y el temor absurdo de rodar pendiente abajo hacia la espesura verde. ¿Se había dormido pensando en los días de la montaña? ¿O se trataba de un efecto “residual” —se rió con esta palabra— de la conversación sobre la herida de la pierna y la operación y el peligro de la hemorragia que, tocaba madera, había sido conjurado a pesar de los contratiempos? La primera intervención, la que le practicaron en aquel pabellón improvisado en los alrededores de la ciudad del obelisco, había resultado oportuna, pero, por fuerza de las circunstancias, incompleta y, según los criterios posteriores, improvisada. A decir verdad, tendría que estar loco para atreverse a protestar: sin aquella pasada de cu-

chillo lo que le esperaba era la gangrena y el pasaje expreso al territorio del azufre; y si era por el médico, nada que agregar: imberbe, nervioso y desmañado, había hecho lo que estuvo en sus manos hacer. ¿Cómo se llamaba? Los compañeros de Cabudare le habían dado nombre, pero sin duda se trataba de un seudónimo. “El tobogán a la nada”: una expresión de Paldini que a él le había parecido de una cursilería ramplona.

Pero era cierto, aquel tipo sin nombre y con cara de cantante de rock, que se limitó a los monosílabos convencionales y apenas sonrió una vez durante el tiempo que duró la visita, actuó con el profesionalismo y la eficiencia que el caso y las circunstancias permitieron. El informe que rindió, preciso y sobre todo honesto, señalaba los detalles, las limitaciones y preveía la posibilidad —incluso la necesidad— de una segunda intervención.

El traslado a Caracas fue así la consecuencia natural del cuadro; y la nueva pasada de cuchillo, una inevitable molestia que la pierna requería, si deseaba evitar el bastón de por vida y mantener a punto el gambeteo de los viejos tiempos. Ésta había sido, palabra más,

palabra menos, la promesa del traumatólogo, un tipo de una experiencia milenaria, amigo de la causa y de Paldini. Pero el pronóstico, tranquilizador como había sido, no abolía por decreto la vivencia del trauma ni el bisturí ni los tubos ni, maldita sea, todo ese glu-glu formolizado de los pabellones y los cuartos clínicos. Aquello se abría su espacio en la memoria y sentaba cobijo y permanencia. Así, el hecho de que la avalancha húmeda que rodeara el accidente —e incluso el borboteo temido e imaginario, pero no por ello olvidado, de la gran hemorragia que por fortuna no llegó a ocurrir— pasara al sueño casi sin alteraciones en su forma —acuosa, torrencial, rugiente como su modelo— sólo podía llamar a la verificación, nunca al asombro.

Miró hacia la mesa de noche: el bolígrafo que Paldini y Silvia, la mujer de Paldini, le obsequiaran para festejar el regreso al pleno dominio de sus capacidades, caballo, que no eran muchas, habían bromeado ambos, ese bolígrafo, junto con la libreta que lo acompañaba, había desaparecido. El ruido sordo de un motor que estallaba afuera —quizás la bomba de agua o la cortadora de grama— lo expulsó del aluvión del sueño y lo obligó a mirar hacia la ventana. A través del trapecio oblicuo en el que la ventana se transformaba vista desde la perspectiva de la cama, la mañana se le revelaba como un prodigio azul, cortado por el tajo esmeralda, brusco, de las colinas.

¡El contraste entre el diluvio que lo había hostigado desde la pesadilla a la que ahora abandonaba y el espléndido día que lo recibía, resultaba tan placentero que no vaciló en sobreponerse a las molestias de la maniobra a fin de garantizarse la posición —el peso del cuerpo apoyado sobre el costado izquierdo, la cabeza reposando en la almohada, ligeramente inclinada hacia atrás— que le propor-



cionaba el mejor punto para la observación y, por tanto, para el goce! Le fascinaban estas mañanas doradas en las que el sol caribeño, todavía oblicuo, bañaba casas y árboles con el polvo naranja cribado por las corrientes de aire frío que soplaban desde el amanecer.

De la lluvia nocturna —la soñada y la real— no quedaban restos, y la ciudad visible, la que le llegaba a través del trapecio achatado de la ventana, se presentaba con el rostro de un mundo seco y transparente que recién ahora comenzaba a despezarse.

También aquello lo había aprendido en la montaña. Tendido en la hamaca, la respiración del musgo y el golpeteo de la lluvia sobre el plástico transparente que le servía de tienda lo mantenía suspendido en el limbo espeso, con un ojo semiabierto sobre el grupo de compañeros que pendulaban aquí y allá en el campamento y que ahora ingresaban en el mismo lento carrusel desde el cual bramaban los bejucos y los helechos y las culebras ocultas y el cielo espeso del follaje, y el otro semicerrado sobre los remotos días de la ciudad y sobre la piel de las muchachas, ahora ausentes y lejanas que, sin embargo, dormían y bailaban y reían a su lado. Allí, sin duda, había empezado a odiar aquellos aguaceros del trópico, gruesos y sin

límite, bajo cuya tela la montaña se convertía en aquel laberinto sombrío, apenas interrumpido por minúsculos diamantes de color que desaparecían en el mismo momento en que él comenzaba a dejarse enceguecer por ellos (y a los cuales sólo la memoria por venir sería capaz de reinstalar en su exacto dibujo).

Ahora aquellos días le parecían vividos por un cuerpo del cual él provenía en virtud de un proceso de metamorfosis que sólo en parte accedía a transmitirle su materia y su memoria. Una fisura que era un asunto no de ideas, sino de vida. Las ideas, los valores, la locura utópica estaban allí, qué duda quedaba, pero a las espuelas había que buscarlas más abajo, en la caja de los líquidos y las vísceras y el borboteo más elemental de vida, antes que en la sesera. Ahora sabía —creía saber— que era allí, a ras de palpitación, donde el cuerpo debía hacer pie para iniciar el salto, cualquiera que fuese el sitio al que se quisiera saltar. Y sin embargo, ida por vuelta, aquella parecía ser la marcha cojitranca, el pie de barro, se oía decir, aquel voluntarismo irreflexivo, aquella impulsividad desnuda. ¡Toda una generación de impulsivos desnudos! No uno, ni mil. ¡Toda una generación! Y luego el regreso y los comentarios. La pierna rota, las congratulaciones y los consejos. Un milagro que regresaras con vida, llave, los revisteros de cuaderno. Y la tenue piedad de las tías. Aquello era obra de la virgen de Coromoto. Era la Coromoto la que te había regresado con vida, mijo, tía Josefina, apenas seis semanas atrás, la visita ritual de recién llegado al único pariente que se hallaba en el secreto. Cada seis meses a Guanare, al santuario, Ernestico, a rendirle el vía crucis a la bienaventurada, por ti, lo supieras, sinvergüenzón, pero todo con gusto y entrega para que la patrona le prestara oídos, mijo. ¡Y le había prestado oídos! ¿No estabas allí, aca-

so? ¿Acaso no habías regresado entero? Bueno, estaba lo de la pierna, era verdad; pero tú, tranquilo, con un rosario... y esa segunda operación que decías, ibas a quedar como nuevo, Ernestico, mijo, te lo podría jurar ella. Aquella era tía. Un amor con sahumero de velitas y naftalina y crespones de viernes santo: lo que a Dios le pedía era estar viva para verte, a Dios y a la patrona. Aquello había sido apenas cuatro semanas atrás. ¿Y luego? Tumulito en el pueblo, macetero de ixoras, lápida de mármol veteado y un copón con bajorrelieves. ¡Mierda! Un infarto, un choque masivo, había dicho el cardiólogo, no había sufrido la pobre.

Y él, acostumbrado al dolor y a la muerte como había estado en aquellos años (¿pero se acostumbraba uno de verdad?), lloró la desaparición de aquella figura cálida de su infancia que le había permitido crecer sin miedos en un mundo donde pájaros y vacas se movían sin moverse, suspendidos y aéreos, y donde las cosas más que cosas parecían recuerdos de cosas. ¿De qué podían estar hechos los seres de esa especie en extinción? Cuando era niño, recuerda, no le resultaba difícil pensar que tía Josefina sería eterna: la visión de un mundo sin ella cobraba la vigencia de un escándalo. ¿Y qué había dicho Arturo cuando la conoció? Si todos fueran como tu tía, no haría falta la revolución. Eso había dicho Arturo. Y luego había escrito aquel relato, ¿cómo lo llamó?, ¿"El baúl oscuro"? ¿"La habitación ciega"? Una narración donde los personajes apenas hablaban, espléndida, apretada de referencias simbólicas, críptica, como casi todas las páginas de *El seminarista*. Un homenaje a tu tía, había dicho. Ahora, de la misma manera como el tiempo reduce las cosas y los sabores de la infancia, esta muerte en la vejez deformaba el tiempo en la memoria, aproximando o distorsionando rostros, luga-

res o circunstancias según el orden desordenado del delirio.

¿Se trataba acaso de la fiebre? ¿Era un desvarío febril el que le hacía sentir que no estaba regresando de la montaña sino partiendo hacia ella? Retiró la mirada del trapezio azul y extendió el brazo hacia el espacio que separaba la cama de la mesa de noche: allí pero allá, en un recodo de la pared y del pasado, con toda impunidad su propia cara, sonriente, saludaba el adiós de los que se quedaban, con una gorra de béisbol por tocado. Y entonces alguien, tal vez Clarita, le había empujado la jarra de cerveza y ¡no acabarás con la caña, novelista, para esa tarea se bastaban ellos!, gritaban los poetas, los que habían preferido quedarse de este lado, en la ciudad, por fastidio, por pereza, por nudos de costumbres, porque la noche loca podía ser tan definitiva y amorosa y visceral como la guerra loca por la que usted nos dejaba, compañero, aquella madrugada en este mismo sitio, donde Paldini, pero allí se quedaban ellos como base de apoyo, decía Lidio, decían algunos para brindar por usted, decían otros, para alabarte si te iba bien y bajabas con las banderolas de la revolución en alto, canciones y globos y puños alzados por las calles, el Che entrando en Santa Clara se iba a quedar pendejo, o para olvidar y restañar si te tocaba volver dejando pelos y aperos en la montaña.

Donde Paldini, sí, aquí mismo habían circulado aquellas promesas. Chaíto, viejo, a la sierra, fusil terciado ¡y una despedida con caña! ¿Se preveía este desmadre en algún manual? No, el frenesí era imprevisible, también aquél... también el suyo. El chiflado de Arturo, recordando liturgias pasadas, impartándole su bendición, y Clarita protestando y gruñendo que le dieran podio, insensatos, que le dieran plaza para el adiós de la pala-

bra, pero Arístides, casi un niño a la sazón, ya usurpaba la escena prometiendo escribir el gran poema épico de la revolución, ¿y quién sería el bardo, el trovador, el aeda ciego?, yo, por supuesto, yo mismo, intérprete versiculado —aquí se oían abucheos y pitas que el orador se permitía desatender— de las palpitaciones, de los aullidos viscerales del pueblo, y entonces elevaba el tarro, espuma y cerveza rodándole brazo abajo; pero entonces Clarita, acaso en represalia por el desplazamiento de que había sido objeto por parte del poeta-niño, secándose el sudor que le adhería la pollina a la frente, calzándose de nuevo las sandalias que habían escapado en el intento de subir al podio improvisado —en verdad un escabel desechado por el uso, recubierto por un trapo astroso que bien podía ser la moqueta de Groucho, el perro de Paldini—, viene y la toma por proclamar que allí, a quien en primer lugar le correspondía la prioridad de la historia, cámaras, era a este loco maravilloso que arrancaba, a Ernesto, un privilegio que se había ganado a punta de pellejo jugado, compañeros, o lo que era lo mismo, que se estaba ganando a punta de decisión de jugárselo. Él, entonces, ahora recordaba, había mirado a Arturo y encogido los hombros y lanzado un guiño a Arístides y besado a Clarita que ya empezaba a moquear de nuevo, aquella historia, si la había, pertenecía a todos, a ti, Clarita, a Arturo, a Moralitos, a nuestro rimbaudito tropical aquí, a El Indio que no nos acompañaba justo porque anda partiéndose el espinazo en otra trinchera, a ustedes y a todos los ausentes, una cursilería necesaria, pensó ahora y ya olvidaba, sí, porque la mezcla insidiosa de la alegre tristeza de aquella despedida de entonces con la penuria física de ahora, se apoyaban mutuamente para enmudecerle.

La favorita del señor

PROSISTAS VENEZOLANOS

Ana Teresa Torres



Mi nombre es Aisa-Umm-al-Hakam, hija del valí Al-Munim-Umm-Al-Hakam y de su decimoséptima concubina Yadiyá, nieta de Ibn-Ganiya, destronado por Mutasim-al-Hakam a mediados del siglo XII de la era cristiana. Fui la sexta hija de Yadiyá, después de tres mujeres y dos varones; uno desapareció en extrañas circunstancias al nacer, y el otro, Mahib, educado para suceder a mi padre, murió tempranamente.

Cuando nací, Yadiyá lloró la desgracia de haber tenido otra niña y me entregó al eunuco para que me arrojara al mar, pero éste, de mejor corazón que aquella loba, me guardó e hizo que me alimentara una de mis primas, a quien se le había muerto el recién nacido. Viendo mi madre que yo había sobrevivido, me aceptó a su lado y crecí en el harem de Al-Munim donde viví hasta la edad de diecisiete años, cuando Roger de Tamarit invadió la isla con otros señores cristianos y mató a mi familia, incendió el alcázar y la mezquita, y me llevó consigo a su castillo para servir a su esposa, mi señora Helena de Tamarit.

Tamarit es un castillo situado a la orilla del mar, en el levante de la península donde

mi pueblo estableció el reino del Al-Andalus. Aún debe alzarse su torre, que, en mi recuerdo, se llamó Torre de la Mora. Pero antes de relatar cómo sucedieron los acontecimientos, me place recordar mi niñez en la isla en que nací pues fue el momento más dulce de mi existencia.

Debo decir que Yadiyá, a quien no deseo llamar madre, me educó como correspondía a mi rango y que, si no fuera por las circunstancias que ya mencioné, mi destino habría sido casarme con algún secretario o consejero de mi padre o trasladarme al harem de un sultán del sur, donde hubiera podido llegar a ser una concubina o quizás una esposa. Pero nada de esto ocurrió y mi vida tomó un camino imprevisto.

La casa de las mujeres estaba emplazada dentro de la alcazaba. Tenía tres patios adornados de fuentes y de flores, y tantas salas que me pregunto si alguna vez las recorrí todas. Herméticas celosías defendían el secreto de lo que en ellas acontecía, bajo la mirada de los eunucos, vigilantes de que las mujeres guardáramos orden y nuestro solaz no traspasara sus disposiciones. Sin

embargo siempre una gran algazara hervía en nuestras habitaciones y patios, en los baños y salas. Vivíamos creo que más de doscientas personas, entre las esposas, las concubinas, los niños, los eunucos, las nodrizas, maestras, esclavas y sirvientas. Era una ciudad dentro de otra ciudad, y dentro de ella también existían diversos reinos. Yadiyá dirigía uno de ellos. Aunque era una concubina sin importancia, y después de que me concibió mi padre nunca la volvió a visitar, ella se preciaba de haber sido una de sus favoritas. Nunca pude comprobar este honor que endulzaba los años en que ya había perdido su juventud. Decía Yadiyá que mi padre Al-Munim había querido esposarla y que las intrigas de otra concubina lo habían impedido. Su mayor esperanza estuvo puesta en que mi hermano Mahib llegara a sucederle, pero mi tío, quien era muftí del palacio, lo mandó a envenenar en favor de su propio hijo, mi primo Yacub. La muerte de Mahib agrió el carácter de Yadiyá y a partir de entonces, me contaba Tamím el eunuco, no tuvo otro pensamiento que volver a darle un hijo a Al-Munim. Pero nací yo y debí renunciar a sus ambiciones. Crecí en el amor del Señor, del Único, del Amo, y en el destino de obtener el goce de ser su elegida, al igual que todas las otras niñas y mujeres que me rodeaban, como me lo enseñaron mi nodriza y mis maestras de danza y de música, como me lo transmitieron las viejas que cuidaban de nuestra educación y me concedieron el don de leer y escribir en bellos signos.

Cuando tenía diez años jugaba con otras niñas en uno de los patios, alguien me empujó y me rompí una ceja contra el saliente de una columna. Las mujeres que vigilaban nuestros juegos corrieron conmigo en brazos para curarme porque sangraba mucho,

y una de ellas mientras limpiaba mi herida me relató un sueño. Yo estaba en su visión rodeada de palomas que comían en mis manos, y era ése el signo de que yo sería algún día la favorita del Señor.

—¿Cuándo tuviste ese sueño? —le pregunté.

—Hace ya tiempo —me dijo—, cuando dejaste la nodriza y comenzaste tu educación.

—¿Y por qué no me lo habías contado antes? —insistí.

No me quiso dar otra explicación pero me prometió que cuando soñara algo de mí, me lo diría. Ella era Naryis-al-Abbas, y su primer nombre quiere decir junco, porque era la mejor bailarina del harem, y la que me enseñó la danza más completa, pues sabía mover el vientre hasta llegar a la decimotercera posición. Naryis nos decía que si nuestro señor era muy gordo ésa era la única posición en que podría penetrarnos, pues había hombres tan obesos que, si la mujer no sabía abrir sus piernas de aquel modo, no lograrían nada. Todas nos reíamos de aquello y jugábamos a decir que esperábamos que el Todopoderoso nos reservara a alguien de mejor aspecto que un barril grasiento.

Mi padre fue siempre un hombre delgado, de musculatura fina, de largos brazos y piernas, que aun en su madurez, pues cuando yo nací tenía treinta años, parecía un bello joven. Lo vi tres veces en mi vida. La primera, siendo niña, un día que vino a nuestra casa y estuvo toda una tarde con nosotras, mientras las mujeres cantaron y bailaron para él. La segunda, desde el ajimez, montado en su caballo, saliendo de caza, y la tercera cuando Roger de Tamarit entró a saco en el palacio y mi padre le suplicó llorando que no me llevara consigo. Pero el Señor de Tamarit, sin bajarse de su montura, lo decapitó en el instante. Esas fueron las tres veces en que vi al Gobernador, mi padre, y su recuerdo es

para mí el fresco olor de sus vestidos y la bella sonrisa de sus hermosos dientes.

El día que mi padre, Al-Munim, había decidido visitar la casa de las mujeres, llegó todo vestido de blanco, y cuando atravesó el patio principal nos arremolinamos en la galería de la planta alta para verlo pasar. Se dirigió a la sala mayor y los eunucos nos ordenaron bajar. Sentado en los cojines más ricos guardó silencio y dio comienzo a la fiesta. Yo estaba entre las otras niñas, en la última fila, y apenas si lograba distinguirlo entre las cabezas de tantas mujeres. Se inició el baile y las danzarinas se adelantaron frente a él. Cantaron y recitaron, y a mediodía las viejas dispusieron la presentación de la comida. Al-Munim invitó a algunas de las concubinas a sentarse junto a él para compartirla y pude observar la expresión de disgusto de Yadiyá por no haber sido llamada. Mi padre reunió junto a él a unas ocho o diez mujeres, escogiéndolas entre las más jóvenes, y entre ellas estaba Naryis, quien recitaba zéjeles para el agrado del Señor. Las niñas nos adelantamos a servir los platos y los depositamos a su alcance para que los probara y luego invitara a las escogidas a comer. Así fueron pasando las tortas de hojaldre relleno de carne picada de pichón, mezclada con pasta de almendra, el cordero estofado y sazonado con comino, los platos de ave especiados con hierbas y aceitunas, las tortas de piñones, las nueces picadas, los pasteles de avellanas y miel, y las copas de vino. Cuando terminaron de comer, Al-Munim enjuagó su boca con agua aromatizada, y con una palmada despidió a las mujeres que lo habían acompañado. Todas esperaban saber cuál sería la elegida para acompañar al Señor en su lecho.

Naryis se quedó sentada a su lado. Las esposas y concubinas no pudieron impedir

un suspiro de decepción y enojo, pues Naryis era una danzarina esclava y las concubinas consideraban que a ellas les tocaba en primer lugar el honor de estar con él. Pero Al-Munim las despreció, y sentado junto a Naryis ordenó que continuara el entretenimiento. Salió así una danzarina que hacía juegos acrobáticos, y después dos muchachas que dominaban los juegos malabares, y pude ver los bellos dientes de Al-Munim reír con el espectáculo.

Tamím anunció que a continuación Naryis bailarían sola, por deseo de nuestro Señor, y que mientras la danzarina se preparaba, nos invitaba a comer del rico banquete. Fue entonces cuando me di cuenta de que habían transcurrido varias horas sin comer ni beber nada, y me dirigí junto con las otras niñas hacia las fuentes donde reposaba todavía una gran cantidad de manjares que Al-Munim y las escogidas no habían consumido. Pero no tenía hambre. Apenas si probé algunas migajas y bebí un poco de jugo de membrillo. Mis ojos estaban fijos en él. Sentía mi corazón como si hubiera bebido del vino que las viejas tragaban y me parecía que el tiempo se había suspendido y que nada de lo que ocurría a mi alrededor existía verdaderamente. Escuchaba lejanas las voces que nos ordenaban sentarnos y guardar silencio para contemplar el baile de Naryis. A pesar del ruido que producían las gargantas de tantas mujeres y las pandereetas que acompañaban a la bailarina, estaba absolutamente sola en la contemplación del Señor, mi padre, Al-Munim.

Siempre me producía mucha alegría contemplar a Naryis en su baile y todas deseábamos llegar algún día a bailar como ella, pero aquella tarde no le dirigí mis ojos ni una sola vez. Un intenso dolor en lo más profundo de mí me había inundado por comple-

to. Mi mirada había quedado enganchada del rostro de Al-Munim, la blancura de sus vestidos estallaba en luz dentro de mis ojos, y yo de pronto reconocí en mi interior que el Señor, aun cuando fuera mi padre, era todo mi deseo. No lograba poner en palabras lo que me ocurría en aquel momento, sólo la dolorosa mirada que me unía a él, y saber que su presencia era todo para mí. No podía pensar en un mayor tormento que en su próxima desaparición, pues sospechaba que cuando el baile de Naryis terminara él se iría de nuevo a sus aposentos y su ausencia sería para mis ojos como quedar ciegos.

En aquel estado no me había dado cuenta de que Naryis se había acercado hacia donde yo me sentaba junto a las otras niñas, y agarrándome del brazo me llevó hasta el centro del salón. Me invitó así a bailar con ella para el Señor, y según parece lo hice muy bien. No puedo recordarlo. No sé cuánto tiempo duró el baile ni cuáles fueron los pasos que en aquel momento logré dar. Sólo recuerdo que cuando la música cesó, Al-Munim me llamó a su lado y me preguntó mi nombre.

—¿Eres hija mía, Aisa? —me volvió a preguntar.

—Yadiyá me dijo que soy hija de ella y de mi Señor Al-Munim —logré contestar.

El se rió y pude sentir la frescura de su boca y el fuerte perfume de algalia que se desprendía de sus vestidos.

—A veces las mujeres mienten —contestó entre risas.

Yo me quedé en silencio. Ninguna palabra se me ocurría.

Después Al-Munim se levantó, se despidió, y salió de nuestra casa.

Anochecía. Yo subí a mi habitación sintiendo un peso profundo y sin poder atender a las bromas y a los comentarios de mis compañeras de habitación. No reparé en



que Tamím subió atrás de mí y me llamó. Sin decirme una palabra me tomó de la mano y salimos de la casa. Atravesamos la calle que la separaba del palacio del Señor, y juntos recorrimos sus salas y patios. Por fin nos encontramos frente a sus habitaciones.

—El Señor te espera —me dijo Tamím, y abriendo la puerta me hizo entrar ante la presencia de mi padre.

La puerta se cerró tras el eunuco y quedé sola ante él. Al-Munim me tomó de la mano y me condujo a una mesa en la que se disponían algunos platos de dulce y frutas. Me invitó a probarlos y yo lo hice por temor a desagradarlo, pero en verdad mi garganta no aceptaba nada. Al-Munim se despojó de su ropa y quedó vestido solamente con sus

calzones y la camisa. Desenrolló las medias que tapaban mis piernas y retiró mis zapatos, así como las joyas con las que aquel día me habían adornado. Soltó mi pelo que había recogido en unas trenzas, y me preguntó si sabía jugar al ajedrez.

Asentí con la cabeza y me condujo a la mesa donde estaba dispuesto el tablero. Hicimos varias partidas, en las que él me felicitaba por mis buenas jugadas y se reía cuando yo lograba desaparecerle alguna pieza. Me dejaba ganar simulando que no lograba desbaratar mi juego, y pensaba largo rato antes de iniciar un movimiento, como si el mío hubiera sido tan hábil que no lograra responderlo. Durante el juego me preguntó cosas sencillas de mi vida, como cuáles eran mis distracciones preferidas, o los nombres de mis amigas favoritas, mi co-

mida predilecta o mis aficiones musicales. No recuerdo mis respuestas. Sé que hablaba pues él me volvía a preguntar, pero no sé qué le decía yo a él. Trataba de que mis palabras le agradaran pero, al mismo tiempo, eran como palomas que volaban lejos de mí sin que yo pudiera retenerlas ni dirigir su vuelo.

Cuando terminamos de jugar, me sentó en los cojines que estaban junto a la ventana y me acomodó entre sus piernas. Me acarició el pelo y los ojos. Yo le daba la espalda y no podía mirar los suyos. Sus manos recorrían mi cabeza y yo sentí un estremecimiento que me provocó un impulso a vomitar pero logré contenerme. Entonces se acostó boca arriba y me sentó a caballo sobre él. En esa postura continuó acariciando mi pelo y mis ojos, sus manos recorrían mi nariz y mis labios, cuando su dedo entró en mi boca yo sentí la inclinación de chuparlo. Estuve haciéndolo un buen rato y un calor desconocido comenzó a recorrerme. Al mismo tiempo experimentaba la sensación de que estaba mareada y que podía perder el conocimiento, pero Al-Munim, quizá comprendiéndolo, me apretó contra su pecho y me dijo palabras de consuelo que tampoco recuerdo.

Después me tomó en sus brazos y me acostó a lo largo de su cuerpo. Mi cabeza llegaba a la altura de su pecho y mis pies tocaban sus rodillas. Acarició su miembro hinchado y llevó mi mano hacia él para que pudiera experimentar su llenura. Yo besé sus manos que continuaban acariciándolo, y después tomó mi cabeza y la acercó de modo que mis labios pudieran rozarlo. Con suavidad Al Munim se introdujo en mi boca y aunque era demasiado grande para contenerlo, continué sorbiéndolo como él me había enseñado a hacer con su dedo. Sentí entonces despertar en mí una avidez nueva



y esperé que en mi boca se derramara su leche, pero él se contuvo y no ocurrió.

Extendió mi cuerpo sobre los almohadones y me quitó la camisa que lo cubría. Quedé así completamente desnuda frente a mi Señor. Él empezó entonces a lamerlo, acunándome en sus brazos, hasta que se detuvo en los botones que eran todavía mis pechos y estuvo prendido de ellos largo tiempo, como si bebiera el más dulce de los líquidos. Con una mano acarició mi sexo y con la otra introdujo un dedo en mi anillo. De ese modo ambas manos entraron dentro de mí y yo sentí su lucha por encontrarse. Un grito parecía desprenderse de aquel espacio que las manos de mi Señor estrechaban y de nuevo sentí un mareo y temí desmayarme.

Entonces Al-Munim me pidió que lo besara en los labios mientras apretaba mi cuerpo contra su miembro y sentí así la frescura de su aliento. Su miembro erguido acariciaba mi sexo y yo deseaba que me penetrara pero, al mismo tiempo, temblaba de temor porque era tan grande que sabía que, si lo introducía, sería para mí muy doloroso. Pero no lo hizo. Mi padre volteó mi cuerpo y quedé boca abajo para que pudiera lamer mi espalda e introducir su lengua en mi interior, y así estuvo un buen rato hasta que de nuevo me volteó hacia él y volví a sentirlo dentro de mi boca. De pronto, bruscamente me apartó y su jugo estalló cayendo sobre mi rostro. Mojó, entonces, un pañuelo en el agua de la jofaina y lo limpió con cuidado. Después me acunó de nuevo y yo me entregué al sueño entre sus brazos.

Cuando desperté estaba en mi habitación, en mi cama al lado de las otras niñas. Era de día y escuché las voces y el murmullo de las conversaciones que acompañaban el despertar en la casa de las mujeres. Naryis se acercó a mí y me dio los buenos días.

—Tuve un extraño sueño anoche —le dije en voz baja—, soñé que mi padre me poseía.

Miraba fijamente a los ojos de Naryis para saber, a través de ellos, la verdad.

—¿Qué recuerdas de tu sueño? —me preguntó.

—Recuerdo el fresco olor de su boca y el fuerte aroma de algalia en sus vestidos —contesté—, la firmeza de sus manos y la dureza de sus huesos, la suavidad de sus labios y el calor de su lengua.

—Yo también tuve un sueño anoche. Te vi en un caballo blanco recorrer la arena.

Comprendí que mi cuerpo no había soñado y que verdaderamente aquella noche había sido la favorita de Al-Munim.

Poco después cumplí once años.



María Pereyra Márquez

Nació en 1978 en Nueva York, de nacionalidad venezolana.

Exposiciones colectivas realizadas desde el 2000 al 2005, entre otras, *Dioptría 8.7*, Festival Fotoseptiembre, Atrio Espacio Cultural, *Talleres de producción de 5º año*, *Exposición colectiva, generación E.N.P.E.G.* en el Centro Nacional de las Artes. *eH-URBANO*, Fondo Cultural Carmen A.C., *ARTE VENEZOLANO EN MEXICO*, Embajada de Venezuela, *V SALON DE PLASTICA CUBANO-MEXICANO*, y *Herida de Tierra*, *Herida de Corazón*. Casa de la Cultura Reyes Heróles.

Realizó sus estudios de licenciatura en Artes Plásticas en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda.

- JUAN CALZADILLA (1931). Es poeta, pintor, ensayista, crítico de arte, traductor y fundador del movimiento El Techo de la Ballena, clave para el entendimiento de la historia plástica y literaria de Venezuela. Su extensa obra poética incluye libros como: *Dictado por la jauría* (1962), *Malos modales* (1965), *Las contradicciones sobrenaturales* (1967), *Ciudadano sin fin* (1970), así como *Smog* (1977), *Minimales* (antología, 1993), *Diario sin sujeto* (1999) y *Aforismos* (2005).
- ALFREDO SILVA ESTRADA (1933). Poeta. Es egresado de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. Sus libros publicados son: *Acercamientos* (1969), *Cercos* (1954), *Contra el espacio hostil* (1979), *De la casa arraigada* (1954), *Del traspaso* (1962), *Integraciones. De la unidad de la fuga* (1962), *Los moradores* (1975), *Los quintetos del círculo* (1978), *Lo nunca proyectado* (1963). Está presente en diversas antologías nacionales y de América Latina.
- RAMÓN PALOMARES (1935). Poeta y narrador, formó parte del grupo literario Sardo en el 58. Maestro de castellano y latín. Premio Nacional de literatura 1975. Algunos de sus libros de poesía son: *El reino* (1958), *Honras fúnebres* (1962), *Paisano* (1964), *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas* (1968), *Adiós Escuque* (1974), *Elegía* (1980). Está presente en diversas antologías nacionales y de América Latina.
- EUGENIO MONTEJO (1938). Cursó estudios de Derecho en la Universidad de Carabobo, y de Sociología del Arte en La Sorbona. Se adscribe a la generación literaria de 1958. Entre sus libros de poesía figuran: *Élegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1977), *Terredad* (1978), *Trópico absoluto* (1982), *Alfabeto del mundo* (1986), *Adiós al siglo XX* (1997), *Partitura de cigarra* (1999) y *Papiros amorosos* (2002). Es autor también de dos colecciones de ensayos: *La ventana oblicua* (1974) y *El taller blanco* (1983); así como de un curioso volumen de escritura heteronímica: *El cuaderno de Blas Coll* (1981).
- GUSTAVO PEREIRA (1940). Poeta, crítico literario, abogado. Se doctoró en Estudios Literarios en la Universidad de París. Fue director de la revista *Trópico Uno* en los años 60. Ha publicado más de treinta títulos entre los cuales cabe mencionar: *Preparativos del viaje* (1964), *El interior de las sombras* (1968), *Los cuatro horizontes del cielo* (1970), *Libro de los Somaris* (1974), *El peor de los oficios* (1990), *La fiesta sigue* (1992), *Escrito salvaje* (1993), *Historias del paraíso* (1999), *Dama de niebla* (1999), y *Costado indio* (2001).
- LUIS ALBERTO CRESPO (1941). Poeta, crítico y columnista. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1977. Libros de poesía publicados: *Si el verano es dilatado* (1968), *Cosas* (1968), *Novenario* (1973), *Rayas de lagartija* (1974), *Costumbre de sequía* (1977), *Resolana* (1980), *Entreabierto* (1984), *Mediodía o nunca* (1989), *Sentimentales* (1990), *Como una orilla* (1991), *La íntima desmesura* (2003), y *Tórtola de más arriba* (2005).
- MARÍA CLARA SALAS (1947). Poeta. Realizó estudios de Filosofía en la Universidad Católica Andrés Bello y en año 2000 se doctoró en la Universidad Central de Venezuela. Desde 1979 ejerce la docencia en la Universidad Nacional Abierta. Sus libros publicados son: *Dibujos de la sombra* (1980), *Linos* (1989), *Un tiempo más bajo los árboles* (1991), y *Cantábrico* (2003). Ha obtenido diversos reconocimientos, entre ellos el Premio Municipal de Poesía (1991).
- WILLIAM OSUNA (1948). Poeta, docente y editor. Perteneció a los grupos Tráfico y Guaire. Ha obtenido diversos reconocimientos, entre ellos el "José Antonio Ramos Sucre" y el Premio Municipal de Poesía "Manuel Díaz Rodríguez". Su obra poética ha sido traducida al inglés, chino y servio-croata. Entre sus libros están: *Estos 81* (1978), *Mas si yo fuese poeta, un buen poeta* (1978), *Antología de la mala calle* (1990), *San José Blues + Epopeya del Guaire y otros poemas* (2001), y *Miré los muros de la patria mía* (2004).
- ARMANDO ROJAS GUARDIA (1949). Es una de las voces fundamentales de la lírica venezolana contemporánea. Poeta y ensayista, es autor de los libros: *Del mismo amor ardiendo* (1979), *Yo supe de la vieja herida*, *Poemas de Quebrada de la Virgen* (1985), *Hacia la noche viva* (1989), *La nada vigilante* (1994), *El principio de la incertidumbre* (1996), *Crónica de la memoria* (1999), y *El esplendor y la espera* (2000).

- LUIS ALBERTO ANGULO (1950). Poeta, crítico literario, columnista y ensayista. Ha sido galardonado con diversos premios nacionales. Sus libros: *Antología de la casa sola* (1981), *Una niebla que no borra* (1980), *Antípodas* (1994), *De norte a sur* (1999), *Fractal* (2000), y *La sombra de una mano* (2005).
- BELKYS ARREDONDO OLIVO (1952). Poeta, editora y periodista. Actualmente dirige el Taller Editorial El Pez Soluble, cuyo objetivo es el rescate de la memoria poética de la ciudad. Sus poemas aparecen en las antologías *Taller de poesía para uso de talleristas* (1998), *Voces nuevas* (1999), *Las voces de la Hidra* (2002), y en la *Antología poética del Centro de Escritores de Venezuela* (2004). Ha publicado, *Sagita* (1998), *De un grano de arena saldrá un pájaro* (2001), *Abece-dario roto* (1999), y *Cóncavo* (2005).
- MIGUEL MÁRQUEZ (1955). Poeta y editor, licenciado en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela. Participó en el Taller de Poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos y en el Taller "Hojas de Calicanto". Es cofundador del grupo Tráfico. Márquez ha sido distinguido con el Premio Fernando Paz Castillo (1982). Sus libros publicados son: *Cosas por decir* (1982), *Soneto al aire libre* (1986), *Poemas de Berna* (1991), *La casa, el paso* (1991), *A salvo en la penumbra* (1999), y *Linaje de ofrenda* (2001).
- BEVERLEY PÉREZ REGO (1957). Poeta. Licenciada en sociología y letras, ha trabajado como traductora desde 1991. Ha traducido al español a Louise Glück, Maark Strans, a Margaret Atwood, Anne Walkman y Douglas Duna. Su poemario *Libro de cetrería* (1994) obtuvo el Premio Bienal Casa de la Cultura de Maracay y el Premio Bienal Elías David Curiel. Otras de sus publicaciones en poesía son *Artes de vidrio* (1992), *Providencia* (1997), y *Escurana* (2004).
- MARÍA ANTONIETA FLORES (1960). Poeta, docente e investigadora. Ha publicado los poemarios: *El señor de la muralla* (1991), *Canto de cacería* (1995), *Presente que no en ausencias* (1995), *Los trabajos interminables* (1998), *La desalojada luz de la tarde* (1999), *Índigo* (2001), *Limaduras* (2005), y *La voz de mis hermanas* (2005). Entre sus premios cabe destacar: Premio Municipal de Literatura (1999), Premio Anual Fundación para la Cultura Urbana (2001) y mención Premio de Poesía de la I Bienal de Literatura Municipal Augusto Padrón (1994).
- JACQUELINE GOLDBERG (1966). Poeta narradora y periodista. En poesía ha publicado: *A fuerza de ciudad* (1990), *Máscaras de familia* (1991), *Trastienda* (1992), *Insolaciones en Miami Beach* (1995), *Luba* (1998), *Vispera* (2000), *La salud* (2002), y *El orden de las ramas* (2003). Ha obtenido premios nacionales e internacionales, entre ellos, finalista en el Premio Casa de las Américas de Cuba (1990) y Premio Caupolicán Ovalles de Poesía de la Bienal Literaria Mariano Picón Salas (2001) Sus textos aparecen en antologías en Puerto Rico, México, Estados Unidos, España, Cuba y Venezuela.
- LUIS BRITTO GARCÍA (1940). Novelista, cuentista, articulista y dramaturgo. Algunos de sus títulos publicados son: *Los fugitivos y otros cuentos* (1964), *Rajatabla* (cuentos, 1970), *Vela de armas* (novela, 1970), *Abrapalabra* (novela, 1979), *La orgía imaginaria* (cuentos, 1983) y *Andanada* (cuentos, 2005). Ha obtenido el Premio Casa de las Américas en dos oportunidades (1970 y 1979), además del Premio Nacional de Literatura y el Premio Andrés Bello para Dramaturgia de América Latina (1980).
- CARLOS NOGUERA (1943). Escritor y psicólogo. Ha sido profesor de pregrado y posgrado en la Universidad Central de Venezuela, en las Escuelas de Psicología, de Letras y de Artes. En viaje de estudios, residió en Londres en los años 1979-1980. En la actualidad se desempeña como presidente de Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A., dicta talleres de expresión literaria, asignaturas en la Universidad Central de Venezuela y colabora con diversas publicaciones periódicas. Ha publicado tres libros de poesía: *Laberintos* (poesía, 1965), *Eros y Palas* (1967), y *Dos libros*, (1999), además de cinco novelas: *Historias de la calle Lincoln* (1971), *Inventando los días* (1979), *Juegos bajo la luna* (1994), *La flor escrita* (2003), y *Los cristales de la noche* (2005). Ha merecido diversas distinciones, entre otras: Premio Internacional Monte Ávila de Novela (1971), Premio Municipal de novela del Cabildo de Caracas (1995), Premio Bienal de Narrativa Mariano Picón Salas (1993), Premio de Cuentos del Diario El Nacional

(1969), Premio de Narrativa del Consejo Nacional de la Cultura (1995), Mención de Honor en el Premio Pegasus (1998) a la mejor novela venezolana de la década, Finalista en el Premio Internacional Rómulo Gallegos (1995), y Premio Nacional de Literatura (2004). El texto que aquí publicamos es un fragmento del capítulo IV de su libro *Los cristales de la noche*.

ANA TERESA TORRES (1945). Psicóloga y psicoanalista. Ha publicado las novelas: *El exilio del tiempo* (1990), *Doña Inés contra el olvido* (1992), *Vagas desapariciones* (1997); *Malena de cinco mundos* (1997); *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999), *El corazón del otro* (2005) y *El otro, el mismo* (2005). Por su novelística algunos de sus premios son: la Bienal Mariano Picón Salas, el Municipal (2000), el Pegasus de Literatura de la Mobil Corporation (1998) y el prestigioso premio de la Fundación Anna Seghers de Berlín (2001). Aquí publicamos el primer capítulo de la novela *La favorita del señor* (2004).

HUMBERTO MATA (1949). Escritor, articulista y educador. Ha publicado los libros: *Imágenes y conductos* (1970), *Distracciones. Antología del relato venezolano 1960-1974* (1974), *Pieles de leopardo* (1978), *Luces* (1983), *Toro-Toro* (1991), *Eudes Balza: El cantor del delta* (1997), *Pie de página* (1999), y *Boquerón y otros relatos* (2002). Textos suyos han sido publicados en antologías y traducidos al inglés. Obtuvo en 1978 el Premio CONAC de Narrativa, por el libro *Pieles de leopardo* y en 1992 el Premio del Concurso de Cuentos de *El Nacional*, por su cuento "Boquerón". Además, en 2002 obtuvo el Premio Municipal de Literatura, Mención Narrativa, que otorga el Concejo Municipal del Municipio Libertador, Caracas, por su libro *Boquerón y otros relatos*. Actualmente es Presidente de la Fundación Biblioteca Ayacucho.

MILAGROS MATA GIL (1950). Narradora, ensayista, educadora y articulista de opinión. Ha publicado trece libros: cuatro novelas y nueve ensayos. Entre sus novelas cabe nombrar: *Estación y otros relatos* (1986), *La casa en llamas* (1989), *Memorias de una antigua primavera* (1989), *Mata el caracol* (1992), *El diario íntimo de Francisca Malabar* (2002). Su obra aparece en diversas antologías sobre el cuento en Venezuela. Ha obtenido diversos premios literarios, entre ellos, el de Fundarte de Narrativa (1988) y el de Novela Miguel Otero Silva (1989). Aquí publicamos un fragmento de la novela *Autobiografía apócrifa de una escritora en busca de un biógrafo real* (2006).

WILFREDO MACHADO (1956). Licenciado en Letras por la Universidad de Los Andes. Obtuvo mención en el Concurso de Narrativa de Fundarte (1986) y ese mismo año ganó el Concurso de Cuentos de *El Nacional*. Colaboraciones suyas han aparecido en las revistas *Actual*, *Letra Continua*, *Solar* e *Imagen*, entre otras. Participó en talleres literarios dirigidos por Ednodio Quintero y Gabriel Jiménez Emán. Ha publicado los títulos: *Contracuerpo* (1988), *Fábula y muerte del ángel* (1991), *Poética del humo* (2003) y *Libro de animales* (2004).

STEFANIA MOSCA (1957). Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Cursó estudios en la Fundación de Estudios Internacionales José Ortega y Gasset (Toledo, España) y una maestría de Literatura Latinoamericana (Universidad Simón Bolívar). Narradora y ensayista, que ha colaborado en diversas publicaciones venezolanas y latinoamericanas. Publicó, entre otros títulos, el ensayo *Jorge Luis Borges: utopía y realidad*, y el libro *Maternidad* (2004).

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA (1957). Narrador, ensayista, editor y promotor cultural. Cursó estudios de Física y Letras en Caracas y luego de Estudios Hispánicos en París. Ha publicado seis libros de narraciones breves, entre los que destacan: *Cartas de relación* (1982), *Calendario* (1985), *Naturalezas menores* (1991) y *Lunar* (1996), y una novela: *Ajena* (2001). Ha publicado igualmente dos libros de ensayos: *El camino de la alteridad* (1995) y *Discurso del subsuelo* (2002). Fundó la editorial de poesía Pequeña Venecia en 1989, participó del International Writing Program de la Universidad de Iowa en 1990 y fue becario de la Fundación Rockefeller en 1994. En la actualidad es Director General de la Fundación Bigott de Venezuela.

RICARDO AGUAJE (1959). Narrador. Ha publicado los libros: *A imagen y semejanza* (1986), *Juana la Roja* y *Octavio el Sabrio* (1992) y *Viste de verde nuestra sombra* (1993), el cual resultó ganador del Premio Fundarte de Narrativa del año anterior.

BLANCO MÓVIL
Director: Eduardo Mosches

CONSEJO EDITORIAL

Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Gerardo Piña
Bernardo Ruiz
Mayra Inzunza
Guillermo Samperio
Esther Seligson
Daniel Sada
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Felipe Vázquez

CORRESPONSALES

Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozzer (Estados Unidos)
Rafael Rivera (Honduras)
Marcela London (Israel)

SECRETARIA DE REDACCIÓN:
Ángeles Godínez

RELACIONES PÚBLICAS:

Patricia Jacobs
Impresión: Impakra (5670-3940)
México, D.F.
Ilustración: María Pereyra
Diseño de la portada e interiores:
Pablo Rulfo
Formación interiores:
Alejandra Riba

BLANCO MÓVIL

Momoluco No. 64. Pedregal de
Santo Domingo
Delegación Coyoacán,
C.P. 04369, México, D.F.
Teléfono y Fax: (55)5610-9299
eduardomosches@yahoo.com

ÍNDICE

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

Entrada (un poco) en la poesía venezolana
Floriano Martins

POETAS VENEZOLANOS:

Luis Alberto Angulo
Belkys Arredondo Olivo
Juan Calzadilla
Luis Alberto Crespo
María Antonieta Flores
Jacqueline Goldberg
Miguel Márquez
Eugenio Montejo
William Osuna
Ramón Palomares
Gustavo Pereira
Beverley Pérez Rego
Armando Rojas Guardía
María Clara Salas
Alfredo Silva Estrada

Pequeña mesa de diálogos (encuesta)
Floriano Martins y
Belkys Arredondo Olivo
Con Carlos Noguera, Juan Calzadilla, María
Antonieta Flores, Luis Alberto Crespo,
Milagros Mata Gil, Wilfredo Machado.

*Botellas al mar: una mirada sobre la prosa
venezolana*
Belkys Arredondo Olivo

PROSISTAS VENEZOLANOS:

Ricardo Aguaje
Luis Britto García
Antônio López Ortega
Wilfredo Machado
Humberto Mata
Milagros Mata Gil
Stefania Mosca
Carlos Noguera
Ana Teresa Torres